¿QUÉ PASA?

SEMANARIO INDEPENDIENTE - DIRECTOR, JOAQUIN PEREZ MADRIGAL - AÑO X - N.º 507 - 15-IX - 973

EL NUEVO CONCORDATO Y LA UNIDAD CATOLICA

Por Manuel de SANTA CRUZ

Se va a reanudar la temporada política. Cuando la dejamos, antes del calor, terminaba con dos menciones a la reivindicación de Gibraltar: una, en la conferencia de Helsinki, por boca del ministro de Asuntos Exteriores; otra, en la declaración de presentación del nuevo Gobierno. Esta reivindicación vuelve a asomar estos días, todavía en el umbral del nuevo curso, con motivo de la visita a San Sebastián del ministro de Asuntos Exteriores francés y del cambio de embajador español en Londres.

Como se puede deducir del título de estas líneas, no van a estar dedicadas a Gibraltar. Lo que pasa es que el carácter permanente de su reivindicación por parte de los más variados políticos españoles y en la menor ocasión, es, además, un ejemplo general utilísimo de presión política, de tenacidad, y como en su día se verá, también de eficacia. No parece inminente la caída del Peñón, pero su reivindicación está siempre ahí, izada día y noche, presente en todo, ineludible, y paradójicamente, hasta el carácter extemporáneo que a veces tiene aumenta su fuerza. Es por ello el ejemplo más adecuado y actual para inspirar la conducta a seguir respecto a nuestra unidad católica.

La unidad católica de España ha sido rota bajo el Pontificado de Pablo VI. Tenemos que reivindicarla con la misma tenacidad, constancia y obsesión que Gibraltar. Aunque ya sabemos que en lo que queda de este Pontificado no hay nada que esperar, mantengamos la reivindicación de nuestra unidad católica, erguida, hierática, clamando al cielo su dolor día y noche. Que no haya nada que esperar por ahora no quiere decir que no haya nada que perder. Quedan también por perder las ideas claras y la sensibilidad, que es mucho. Y aunque no sea más que para que no se pierdan, la reivindicación incesante es imprescindible. Lo mismo que se ha establecido el sistema de que cada vez que se habla con o de Inglaterra, se habla de Gibraltar, se debe iniciar ya la costumbre de que cada vez que se hable con la Santa Sede se hable también de nuestra unidad católica.

Son frustraciones y limitaciones muy conocidas quedarse en lo accidental sin traspasarlo hacia lo esencial. A veces, es malicioso ardid de cobardes o de cómplices que no quieren ir al fondo de las cuestiones. Con unos u otros sentidos, el hecho bien notorio es que estamos viviendo la esterilizante paradoja de vernos por un lado envueltos en lamentaciones por las consecuencias concretas y aisladas de la pérdida de nuestra unidad católica, a medida que van apareciendo, una a una, y por otro lado, estamos envueltos igualmente en un silencio espeso, «ensordecedor», en torno a la fuente común de todos esos males, que es esa misma pérdida de nuestra unidad católica. Asoma la legalización del aborto, y corren a formar comités de defensa de la vida muchos que rehuyeron formarlos en defensa de la legalización de la Verdad. Se habla del divorcio, y se rasgan las vestiduras los mismos que postulan la separación de la Iglesia y del Estado. Nos inunda la pornografía, y la critican los liberales europeizantes. La propaganda marxista ronda a nuestros universitarios y se quejan papás que votaron «sí» a la libertad de cultos. Y el otro día hemos leído que hasta el propio Pablo VI, bajo cuyo Pontificado se promueven tantas libertades indiscriminadamente, se opone a la de producir una película blasfema, «Los Amores de Jesucristo», como si no fuera más perjudicial para las almas la propaganda de los Testigos de Jehová o de los nuevos espiritistas que bajo tal Pontificado se obliga a soportar a nuestro Gobierno y a nuestra sociedad

Por cualquier lado que contemplemos la situación se llega siempre a la misma conclusión, que es la síntesis que formulaba el obispo de Lérida en diciembre de 1929 y que fue recogida durante años en la mancheta de «El Siglo Futuro»: *Meditando sobre los medios de atajar y sanar los males morales que nos afligen no hallamos otro más eficaz que el restablecimiento de la Unidad Católica.*

Ahí está la madre del cordero.

Si la reivindicación de nuestra unidad católica es, pues, en todo momento, una exigencia de la lógica, el entusiasmo y la táctica sumados, parece que al empezar la temporada política, ahora en octubre, va a serlo aún más. Porque se rumorea y se escribe que uno de los asuntos principales que va a abrirla será la renovación del Concordato, y el hecho en sí se amplía con otras noticias acerca de si va a ser global y cerrado, o fragmentario y abierto; de si la cuestión más espinosa es la designación de obispos; de si se renunciará a tales o a cuales privilegios, etc. Pero ni los rumores más conspicuos se ocupan de la reivindicación de nuestra unidad católica, que es lo principal, y a cuyo lado palidece todo lo demás. Esto me parece gravísimo. Hay que herrar, o quiyar el banco.

Decía que ya sabemos que en lo que queda de este Pontificado no hay nada que esperar en este punto. No es, pues, buen momento para España renovar durante el mismo el Concordato, por la regla general, válida para toda clase de negocios, de que hay que pactar, legislar, «escribir», cuando las cosas están bien y son favorables, y no es conveniente hacerlo desde posiciones de debilidad o con ambientes y contextos adversos.

Claro que también sabemos el ritmo extraordinariamente lento de la diplomacia y de la burocracia vaticanas, lo cual presenta la posibilidad de que unas negociaciones iniciadas en las próximas semanas no cristalicen en un texto listo para la firma hasta el Pontificado siguiente.

En cualquier caso, como en el de Gibraltar, la esperanza ha de ser independiente y sin influencia en la reivindicación. Vale la de la unidad católica por sí misma como homenaje y fidelidad a quienes murieron en la Cruzada por reconquistarla; vale para mantener las ideas lúcidas y la sensibilidad despierta, y vale, sobre todo, para clamar al cielo.

¿Que el nuevo Concordato no nos devuelve la unidad católica usurpada? Pues, peor para él, porque nacerá muerto. A priori. No tendrá el «consensus» y sí el desprecio de los buenos católicos españoles.

— NO HAY DIALECTICA NI SOCIOLOGIA SIN DIOS.
— NO HAY UNIDAD NI PAZ EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS SIN DIOS.

POR ESO:

— EN "¿QUE PASA?" NO SE HACE MAS POLITICA QUE LA DE DIOS.

15 PTAS.

Las dos pesas y medidas de Agapito Tapiador

Por Santiago JUNQUEIRO

El mencionado señor —a quien ya «presentamos» en este semanario—, asiduo colaborador de «La Gaceta del Norte», ha vuelto con un suelto de los suyos que, comparado con otro no muy lejano, evidencia que el articulista es hombre de dos pesas y dos medidas, que es furibundo, y que en cuestiones y filosofías muy fundamentales, tanto más básicas y fundamentales cuanto más elementales, está pez. Así se explican tantas iracundias, destemplanzas y, sobre todo, falacias e incongruencias.

Es el caso de las librerías asaltadas. Da la impresión Tapiador de salir contra las fechorías «armado de todas sus armas». ¡Cómo arremete y qué directas, qué acosos contra las autoridades de la nación! «Que se sepa —dice—, aún no han sido detenidos los autores de tamaños desafueros.» Igualmente, hace suya la declaración de un librero: «lo más grave ante estos hechos incalificables es la sensación de impotencia que se experimenta». Pero aún se llega a más: se pregunta Tapiador *si es que la autoridad puede consentirlo*... ¿Entienden ustedes? Parece decirse, en buen romance, que, en efecto, la autoridad lo consiente. De ahí a que lo pruebe y aliente unos milímetros, si los hay. Si no han sido detenidos los autores es porque no se quiere. ¡Si sólo se apuntara la impotencia! Y aunque ésta se diese, ¿por qué llevarse las manos a la cabeza con tantos aspavientos? ¿En qué país del mundo no puede pensarse en esta impotencia ante la conjura y la acción para la violencia punible? ¿Dónde son detenidos todos los delincuentes, al menos de inmediato? Pues lo que no es posible en ningún sitio, Tapiador lo exige del Gobierno español. Es decir, que carga sobre él toda la responsabilidad. «Mal camino si las autoridades no emplean TODA LA FUERZA.» Es decir, terrorismo oficial, como se le llamaría, según contra qué vandalismo se emplease.

Tomando ocasión de las cruces gamadas vistas, según Tapiador, en alguna de las librerías asaltadas se pregunta: «¿Es que se va a resucitar una ideología cuyos crímenes, etcétera, etc., etc., hacen estremecer? ¿O se pretende un enfrentamiento ideológico fratricida de obligada y definitiva cancelación por parte de todos?» Sin embargo, a continuación asienta con talante pontifical: «*Las ideas sí, admiten contraste y ataque respetuoso con otras ideas, pero de bárbaros es tratar de imponerlas con la fuerza bruta.*»

Ante todo, señor Tapiador, no es lo mismo imponer ideas que atacar las erróneas y peligrosas. Si rodada la película «Vida Amorosa de Jesús» se la atacase por la fuerza bruta, eso no sería imponer ideologías. Después, ¿qué se entiende por fuerza bruta? ¿Hay sólo una clase? «Los extremistos, de cualquier signo han de ser cortados de raíz». ¿Y qué entiende por extremismos? ¿No los puede haber sin apelar a la fuerza bruta? Si a un extremismo, según del que se trate, hay que dejarle campar por sus respetos, mientras no emplee «porras, pistolas y trancazos»; pero empleando otros medios y procedimietnos, ¿eso no mina poco a poco la seguridad y el imperio de la Ley?» ¿No sabe Tapiador que primero son las ideas, y si se las deja pulular, luego vienen inevitablemente los hechos y enfrentamientos? Lo dicho por Mella: conceder tronos a las premisas para luego llevar al patíbulo a las consecuencias. «¿Las ideas sí?» Pues yo le digo a usted que las ideas no, según cuáles, y cualesquiera que sean los libros y librerías en que se difundan, porque luego viene lo que viene. Si el extremismo ideológico hitleriano se hubiera cortado de raíz en sus comienzos, ¿cree nadie que se hubiera llegado a lo que tanto condena y estremece a Tapiador? Ideas las que se quieran..., aunque luego haya que gritar airada y descubiertamente contra la autoridad. Muy bonito.

Arremete igualmente Tapiador contra los comandos extremistas, y trata de taparles la boca con el manido argumento del contraste de pareceres, del diálogo sereno, del legítimo pluralismo... «*¿No los invocamos continuamente?*» ¡Ah, señor Tapiador, ¿quiénes son los que invocan? Los invocamos, «¿pero no se tratará simplemente de palabras o de disfraces oportunistas para imponer a la fuerza los propios criterios?» No ha podido retratarse mejor al progresismo, en el que usted abiertamente milita. ¿Pueden la pornografía y el marxismo y el separatismo invocar el pluralismo?

Pero no vengo a defender esos asaltos a librerías. No los justifico, aunque me los explico, porque «la violencia (hay muchas clases) trae la violencia». Vengo a lo de las dos pesas y medidas del señor Tapiador; a sus incongruencias, en las que enseña el plumero. ¿Recuerda su artículo sobre las arbitrariedades y anarquías de tantos y tantos curas en la celebración de la misa? (Aparte las homilías.) Lo ha comprobado en su viaje de veraneo. Nos presenta un catálogo de abusos y barbaridades interminable e intolerable. Sus efectos, el desconcierto. El mal inmenso espiritual en los fieles es incalculable. ¿No nos dijo usted eso, señor Tapiador? ¿Y que no se ha parado a pensar dónde hay más mal, si en el asalto a ciertas librerías o en las misas de esos curas? Entonces, ¿por qué no arremetió con la iracundia y energía de ahora contra los señores obispos? ¿Por qué no los acusó? Usted sabrá. Y acaso nosotros también. «Que se sepa esos autores» (sacerdotes) no son llamados al orden. «Lo más grave es la sensación de impotencia.» «¿Es que la autoridad (eclesiástica) puede consentirlo?» Pues todo esto que usted dice contra el Gobierno no lo dice contra los obispos. Dos pesas y medidas, lo que es abominable según el divino eloquio. ¡Ay, señor Tapiador, cómo se ha colado! Cuando los obispos puedan y quieran controlar a sus curas: entonces podrá usted atreverse contra el Gobierno.

Al señor obispo le es difícil su "oficio"

Por JAIME NONELL

Lo leemos en uno de nuestros rotativos que extracta una de las últimas homlías de monseñor Argaya, obispo de San Sebastián.

Particularmente difícil el «oficio» (como él le llama) en estos tiempos. Y señala las razones: «No ver muchas veces con claridad; no ser comprendidos en nuestras exigencias ni aceptado en nuestras naturales limitaciones; no saber comprender plenamente a los demás; no entender del todo el lenguaje de estas generaciones; nuestra impotencia y nuestra debilidad.»

Por añadidura: «la disminución de fuerzas: sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas. Sin efectivos muchos planes quedarán irrealizados».

Y me pregunto: si se siente tan limitado el señor obispo y tan impotente, cabe preguntarse: ¿Cómo gobernará su diócesis a lo largo de su vida, que deseamos dilatada?

Queremos creer que el dicho prelado no ha olvidado al Espíritu Santo, pero el extraco de prensa leído no lo mienta por ninguna parte. Nosotros pensamos en ello. ¿Será posible tanta oscuridad, tan confusa visión y debilidad tanta? Cuesta creerlo si el Espíritu Santo no está dormido, o muy ocupado en otros menesteres.

A propósito vaya el cuento (y dicho sea sin ánimo de irrespetuosidad ni profanación) de las monjitas congregadas en la capilla para orar por el acierto en la elección de priora: «*Bajad, Santo Espíritu, iluminad nuestras mentes, etc.*» Y seguían repitiendo la plegaria. Pero el sacristán, que limpiaba la claraboya de la cúpula, acoplando ambas manos a ambos lados de la boca para mejor enfocar la voz,. dijo (aquí sí con broma de mal gusto): «Hermanas, dice el Espíritu Santo que ahora no puede bajar, que está muy ocupado; pero que no importa, que hagan como otras veces y todo saldrá igual, es decir, bien.»

Asimismo, vemos que el catálogo de las limitaciones y dificultades no es completo. ¿Sólo pocos sacerdotes y religiosos? ¿Y qué importaría eso si los existentes fueran lo que debieran? ¿Qué planes realizaría hoy monseñor Argaya si contara de golpe con cien sacerdotes más? Pues sepa que el cura de Ars hizo lo de cien, o lo de quinientos o mil. Pero los mil de hoy apenas hacen entre todos los de uno. Y si lo hicieran bien. Acaso cupiera aquí el epitafio de un famoso purpurado: *Aquí yace el gran cardenal - que en su vida hizo bien e hizo mal - el mal que hizo lo hizo bien - y el bien que hizo lo hizo mal.*

¿Qué celo, qué tiempo, qué ejemplo dedican muchos, no a su «oficio», sino a sus sacros ministerios? A su «oficio» (?), en la región vasca, vaya si dedican celo, tiempo y dinero. Este último, sobre todo. ¿Y cómo habrá seminaristas si un día sí y otro también ven bodas de curas, y hasta de profesores de seminario? ¿Qué fe, qué entusiasmo apostólico van a tener los seminaristas si la teología que se les enseña es pura nebulosa que no deja ver a Dios hasta hablarse de su muerte, quedándonos sólo el paraíso marxista? ¿Qué necesidad de sacerdotes si lo son todos los asistentes a la *asamblea* del pueblo de Dios? ¿Que el Papa ha dicho que sólo los sacerdotes lo son válidamente *para absolver, consagrar y ofrecer a Dios el santo SACRIFICIO de la misa*? ¿Puede el Papa decir eso —y tantas cosas— en tiempos tan difíciles para ciertos obispos? ¡Claro que puede y debe, aunque a juzgar por el caso que se le hace, debiera decir y hacer mucho más! Téngase por cierto que muchos posibles seminaristas acatan y obedecen en Hans Kung y en Díez Alegría, como doctrina y mandamiento, lo que rehusan acatar y obedecer en el Santo Padre. Y no pasa nada.

Difícil el cometido de muchos obispos por su permanente pecado de omisión en el magisterio y en la exigencia de la disciplina. Ahora échenle galgos a la liebre.

¿QUE PASA?

SEMANARIO INDEPENDIENTE

(Depósito legal: M. 7-1964)

DIRECCION Y REDACCION:

Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.

ADMINISTRACION: Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.

Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.

Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1. — MADRID-20.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA

Número suelto	15 ptas.
Suscripciones:	
Semestre	350 ptas.
Anual	650 »

PARA EL EXTRANJERO

Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual	700 »
Países de Europa, suscripción anual	900 »
Resto del mundo, suscripción anual	1.000 »

Por si sirve de algo

El socialismo español así era de constructivo bajo la República

Por JOAQUIN PEREZ MADRIGAL

Don Rafael Salazar Alonso, ministro de la Gobernación, fue el único gobernante, en aquel periodo ignominioso, que le dio la cara al marxismo y a la masonería, a las Internacionales invasoras y a su gestor altísimo, el Presidente de la República. Al exaltar en Salazar Alonso estos méritos civiles, quedan exaltados también los de sus colaboradores en la función de Gobierno, como fueron don Angel Velarde García, incorruptible y valeroso gobernador general de Vizcaya en tiempos verdaderamente críticos.

Pues bien, contra aquel gobernante se concitarían todas las fuerzas subversivas, antigubernamentales, incluso don Miguel Maura, jefe del partido republicano «conservador». ¡Ah! ¡Era mucha audacia la de Salazar Alonso pretendiendo dar la batalla a los enemigos de España, cuando lo convenido, al parecer, era no irritarles a los pobrecitos!

El 24 de abril, con ocasión de la crisis ministerial provocada por el Presidente de la República, por lo de la amnistía (crisis que el Presidente no tenía prisa en resolver), Salazar Alonso entregó a sus compañeros de «gabinete» y a su jefe, don Alejandro Lerroux, la siguiente nota:

«Vive el ministro de la Gobernación, como todos los ministros, bajo la pesadumbre de la gravedad de las actuales circunstancias. En esta hora histórica de la República ha de cumplir cada cual con su deber. Incumbe a este ministro, por las contingencias de su cargo, la nota informativa que ha de exponer con serena lealtad, por si el conocimiento de las dificultades de orden público puede servir a los hombres de la mayor responsabilidad y sabiduría o, cuando menos, puede contribuir a evitar dilaciones en la resolución del pleito político.

Surge la crisis con caracteres de inusitada gravedad y alrededor de un tema que produjo no sólo apasionamiento en la Cámara de Diputados, sino reacciones revolucionarias que, teniendo su fuente en las cárceles, trascendieron a los pueblos y a las organizaciones extremistas.

Hace ello suponer que la crisis sirva para exacerbar las pasiones.

Pero no tendría importancia la efervescencia política si no se mezclara con dolorosa perspectiva de una revolución en marcha aplazada primero con un sistema contemporizador, aunque el aplazamiento supusiera vigorización para la obra pensada y preparada con los menores detalles, un poco desconcertada después por el hallazgo de una política decidida a impedir el golpe definitivo.

Es inevitable que este movimiento subversivo surja. Busca ocasión. Una vez es la amnistía; otra, el acto de El Escorial; después, la pretendida solidaridad con los obreros en huelga. Siempre el tanteo, cada vez mayor la audacia.

Adquiere noticias este ministro de cómo la obra revolucionaria penetra en los cuarteles. No está ignorante de cómo en la región autónoma se encuentra propicio el momento para utilizar sus milicias.

Surgida la crisis en el periodo comprendido entre el 22 de abril y el 1 de mayo, cuando era conocido el propósito de a pretexto del Congreso de Acción Popular, paralizar los ferrocarriles, iniciando la huelga revolucionaria, apoderándose de los Ministerios de Comunicaciones y Gobernación, propósitos fracasados, pero de los que no se ha desistido, no cumpliríamos con nuestro deber si no advirtiéramos al Gobierno dimisionario para que de la advertencia hiciera su ilustre jefe, el Presidente, el uso de que su sabiduría le sugiera, del panorama de esta hora decisiva de la Historia de España.

No está el Estado desprovisto de medios de defensa. No tiene cuantos elementos debiera tener, pero el enemigo puede ser vencido, aunque ello cueste mucho dolor, aunque los ciudadanos tengan que someterse a pruebas durísimas.

El domingo día 22, el Estado hizo una demostración de cómo está organizado. Demostración útil para todos. Pero no basta. Sin autoridad moral, la material no sirve y carece de autoridad quien está en crisis. Si la crisis surge, porque la discrepancia no está sólo en el matiz, sino en la propia esencia del Régimen, PORQUE SU ALTA REPRESENTACION PONE EN PLEITO PRERROGATIVAS Y LIMITACIONES CONSTITUCIONALES, la crisis adquiere entonces caracteres de un tremendo peligro.

Sólo se atajará el mal revolucionario con una política enérgica, pero continuada. Si a la dificultad que para realizarla supone una Constitución como la de España, se une la de la política subalterna, el obstáculo aparecerá insuperable.

Pero no era mi propósito examinar este tema. Más modesto el designio, queda cumplido con la advertencia para que el pleito político no se prorrogue en su trámite y el fallo no permita dudar sobre qué parte está la razón.

Ni un minuto más puede estar el orden público en manos de un ministro interino.

25 de abril de 1933.»

La «nota» era como decirle al señor Alcalá Zamora, Presidente de la República: *Pero ¿qué hace usted? ¿Es que no se da cuenta de lo que pasa? ¿Es que quiere usted que pase?*

Aun siendo ministro interino, Salazar Alonso, aquel mismo día, en previsión de sucesos graves, puso a los gobernadores civiles un telegrama apercibiéndoles a mantenerse alertas; a requerir, si llegara el caso, el concurso de las fuerzas del ejército, y a proceder, incluso, a la detención de los diputados que apareciesen como excitadores de la rebelión. Este telegrama motivaría una sorda campaña contra el ministro que osaba gobernar. Se había jugado «la cartera». El Presidente de la República le advirtió al señor Samper, preconizado jefe del nuevo Gobierno, que había que relevar a Salazar Alonso. El señor Samper —respetuosísimo con el Señor— se disponía a ello, pero los demás ministros lerrouxistas se plantaron; o seguían los mismos ministros del Gobierno anterior o ellos dimitirían irrevocablemente. Alcalá Zamora tuvo que transigir y Salazar Alonso, aunque con la enemiga de la más alta potestad del Régimen, y de sus sabuesos, permaneció en Gobernación.

En el mes de junio estalló la anunciada huelga de campesinos. Estos danzarían al compás de la música de los siguientes estímulos:

«SOBRE UN VOLCAN.—España entera es un volcán. La huelga de campesinos, por culpa e imprevisión del Gobierno, se está convirtiendo rápidamente en una guerra civil. Hay ya muertos, heridos y detenciones sin fin. Y eso que la huelga no ha hecho más que iniciarse. Altos personajes del Gobierno, en combinación con el jesuitismo fascista, conspiran para asaltar el poder. El Tribunal de Garantías ha anulado la ley de cultivos de Cataluña, la ley fundamental para los «rabassaires» y pequeños arrendatarios de aquella región. Se trata, como se ve, de un nuevo desafío a los campesinos; se procura matar de hambre a los metalúrgicos; todo se desquicia. ¿Qué esperamos los trabajadores?»

En otra proclama se decía, también por los socialistas:

«Medidas urgentes: Insistimos en lo que decíamos ayer. Hay que demostrar que somos hombres. ¡¡HOMBRES!!, y que no estamos dispuestos a dejarnos derrotar. ¿Qué hacer? Actuar en el campo con energía y decisión; hay que prender fuego a las senaras de los más opulentos, a ver si así ceden patronos y autoridades. Hay que quemar máquinas y aperos. En Montijo, hoy quemaron tres máquinas. Hay que apalear a los esquiroles que salgan a segar. En los pueblos de la zona de Llerena, elementos de Acción Popular han recibido buenos estacazos. Hay que demostrar, en una palabra, que somos hombres. ¿Creéis que se va a conseguir algo con los brazos cruzados en la plaza del pueblo? ¿No nos estamos jugando el todo por el todo? Vosotros todos veréis que es lo que hacéis. Si nos derrotan por nuestra torpeza, moriréis vosotros y los vuestros de hambre. Pues ya que os vais a morir, peleando o no, ¿qué os importa matar a quien os va a ocasionar la muerte? ¿Qué os importa destrozar lo que no es hoy ni será nunca vuestro?

De otro de los boletines de la Federación Española de Trabajadores de la Tierra, del Secretariado Provincial de Badajoz, tomamos los siguientes párrafos:

«Noticias de otras provincias.—Estamos informados que en toda España la huelga con igual entusiasmo que en nuestra provincia. Sobre todo en aquellas en las que en las faenas del campo merecen más rápida atención. Esto nos debe animar a todos. En Jaén, varios patronos, cuatro o seis, han pagado con sus vidas las venganzas que han cometido con nuestros hermanos de clase. Han quemado varios cortijos. Y han inutilizado a varios guardias civiles y de Asalto. ¡Ese es el camino! ¡Ya sabéis lo que tenéis que hacer! La prensa, veréis cómo se lo calla. Como se ha callado el que han sido detenidos esos compañeros que anteriormente os decíamos. Y dirá, por el contrario, que la huelga en las demás provincias y en la nuestra ha fracasado?

... ...

«Medidas urgentes.—Ni la burguesía ni los cabrones del Gobierno cederán. Ya lo sabemos. Nosotros tampoco debemos ceder. Por nada del mundo. La fuerza pública, de tantos servicios como viene prestando, ya está rendida. Casi no se pueden tener en pie. En algunos sitios, ni se atreven a actuar con energía, porque reconocen de antemano la justicia de nuestras posiciones. Esto debe ser tenido en cuenta por nosotros y aprovecharlo a los fines que nos proponemos, si somos buenos revolucionarios. Tan pronto como recibáis esta circular debéis organizar la acción en el campo por medio de los grupos que debéis tener constituidos. Y ACTUAR con energía y decisión. Hay que quemar las cosechas de los más adinerados y de los más cerriles, que a la vez serán, no lo dudamos, los más enemigos de la República. Hay que hacer desaparecer del mundo de los vivos a esos patrones adinerados que consienten, antes que ceder, que la cosecha se malogre. Ellos quieren, por lo visto, que obremos así. Lo quiere también, por lo que parece, el marica de Salazar Alonso, quien no pagará con cincuenta vidas lo que está haciendo, y sus dignos compañeros de Gobierno. Quien no lo haga así, lamentará, no tardando, su inactividad.»

Los anteriores textos, auténticos, los hemos tomado del libro de Salazar Alonso, «Bajo el signo de la revolución» (Librería San Martín, Madrid). En su tiempo, por los del zurriburri, se quiso negar autenticidad a aquellas hojas y a otras mucho más corrosivas. Pero Salazar Alonso tenía muy bien afiladas sus armas y demostró lo contrario. Por la copiosa documentación que poseía el ministro se comprobó que por el teléfono 48 de Badajoz, comunicaban con los sediciosos el diputado socialista Rubio Heredia y Margarita Nelken Amusbergen; se comprobó también que los diputados socialistas se habían desplazado a sus puestos de mando de la rebelión; Aguillaume, a Toledo; Alvarez del Vayo, a Granada; Saborit, a Ciudad Real; Aguado, a Palencia; Acuña, a Sevilla; González Ramos, a Alicante; Fernando Vázquez, a Córdoba.

En otra hoja circular, que Salazar Alonso exhibió y los socialistas no tuvieron más remedio que reconocer como auténtica, se decía:

«No creemos preciso recalcar en los extremos que en adjuntas circulares hemos mencionado. Es preciso que nos dispongamos a aterrorizar a la burguesía y al poder constituido. Es preciso que demostremos que no sólo somos capaces de paralizar pacíficamente durante tres días, sino que estamos dispuestos a que arda la provincia de punta a punta. Que los ganados se mueran de hambre, porque los pastores se nieguen a sacarlos al campo. Que, en una palabra, estamos dispuestos a vencer. Quien crea que esto se soluciona con palabras de comprensión, se equivoca. Autoridades y patronos son sordos. No tienen, además, sensibilidad. Hay que demostrar que somos hombres. Que las rondas volantes funcionen. Que no se queden en los pueblos o metidos en sus casas. A luchar. A pelear. A no temer a nada ni a nadie. Si ahora no estáis dispuestos a todo, no lo estaréis jamás.»

A PROPOSITO DE UN VIAJE

DIGRESIONES Y COMENTARIOS

Por FELIX LASHERAS BERNAL

Porque sigue mandado y porque son buenos he practicado los ejercicios espirituales, como suelo cada año. Me he retirado a una casa especialmente dedicada a ello. Fuera de tanda. Confieso mi aversión a ciertas mentalizaciones que, con capa de ejercicios, se predican también a sacerdotes. Tuve en las manos como guía de pensamientos una obra del padre Grandmaison.

En el vestíbulo de la casa hay una armario. Se exponían para la venta objetos piadosos más o menos raros: pequeñas imágenes muy modernas, un Eccehomo en Cruz, algún rosario y libros, muchos libros. Nada de San Ignacio, ni de Messler, ni de Bootaham, ni de Casanovas, Oraa, Lapuente, La Palma... Nada de esto. Ni siquiera de la piisima BAC, que publica «Historia de la persecución religiosa en España», de monseñor Montero; ni tampoco de la expiisima BAC, que ya no reedita la obra del obispo Eloy, pero sí publica lo de la Conjunta y otros temas de moda. Pero allí vendían libros de Rahaner, Schillebeeckx, Helder Cámara..., etc. Más el catecismo holandés y algo del padre Arrupe. Todo al servicio del ejercitante en lo que no sea ejercicios espirituales para vencerse a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afición alguna que desordenada sea.

En la primera misa que celebré en la casa de ejercicios tuve que solicitar de la hermana sacristana el amito, la estola y el velo del cáliz. Sólo habían preparado alba y casulla. Quizá fuera distracción. En lo sucesivo todo estuvo perfecto.

Paseaba yo por los jardines en uno de mis tiempos libres. Aparecieron unas religiosas, al parecer novicias. Una echó su brazo derecho sobre el cuello de la otra y así se pasearon, como dos enamorados. Por lo que pude oir se tuteaban. Ya sé que el tuteo y otras familiaridades se han impuesto en comunidades de mujeres. Debe de ser por eso de la afectividad.

Otras dos religiosas, no de la casa, debían de practicar también su retiro. Una de ellas se sentó en un banco de piedra. Primero cruzó sus piernas y luego colocó una sobre otra. La postura no era demasiado modesta, porque el hábito cubría apenas las rodillas. La compañera apareció sin medias. Todo sea por el «aggiornamento».

Un padre jesuita —unos cuarenta años— dirigía una tanda, a una docena escasa de mujeres jóvenes. Actuó siempre con sotana. En la misa algún modernismo, pero de escasa monta. Les habló del infierno y mucho de la Virgen. Y de sus deberes. Ahora —les dijo— se predican sólo los derechos de la persona. Si se insistiera en los deberes de obreros y patronos, disminuirían las tensiones sociales. Las cosas discurrieron así de bien.

Antes de abandonar mi retiro lo encontré en minisotana y hablamos. Según él fue el pueblo quien salvó a la Iglesia del Arrianismo; porque los obispos, en gran cantidad, se fueron con la herejía. Lo mismo pasará ahora. El pueblo sigue fiel a Cristo y a su Iglesia. Dios lo oiga. Quedan todavía sacerdotes y religiosos, entre los jóvenes, en línea con San Ignacio.

Pasé por Navarra. Tenía curiosidad de saber lo acaecido por aquellas latitudes a principios de este verano Mi informante fue un taxista, a quien cedo la palabra:

—Ahora *ya creo* a los de la edad de usted cuando cuentan lo que pasaba antes del Movimiento. Lo de Pamplona fue una reedición de todo aquello. Aquí quemaron toda la edición de un día del diario. La fogata cortó la carretera de Madrid. Estos troncos son restos de órboles cortados y cruzados en la pista. Como usted ve no eran precisamente aizkolaris los que manejaban el hacha. Grupos de mozalbetes obligaban al cierre del comercio y coaccionaban a los servicios públicos incitando al paro. Las fábricas no trabajaba ninguna. Los curas tuvieron buena parte en la huelga, casi general. Unos abrieron la puerta de la iglesia para que se refugiaran allí los revoltosos, a los que alimentaron con el dinero de Cáritas. Otros predicaban incitando a la violencia y justificando los desmanes, como cuando lo del secuestro de Huarte. Dicen que los párrocos recibieron del Obispado unas homilías que no eran precisamente explicación del Evangelio. El arzobispo suprimió la procesión del Corpus, pero luego presidió en Pamplona la de San Fermín y en Tudela la de Santa Ana.

Todo esto me explicó el locuaz conductor del automóvil mientras me llevaba a un pueblecito de 300 habitantes no lejos de la ciudad. Estuve allí varios años atrás. Entonces había media docena de seminaristas. Presididos por el párroco recitaban en comunidad las oraciones de la mañana, hacían la meditación, rezaban el rosario por la tarde y enseñaban el catecismo a los niños. Como de todos los pueblos navarros, salieron abundantes vocaciones de sacerdotes, religiosos y religiosas. Ahora no hay ningún aspirante y han abandonado varias religiosas. A uno que celebró su primera misa no hace mucho, le decía su padre:

—Hijo mío: si la guerra se repite, estaremos tú y yo uno a cada lado de la trinchera.

El párroco de entonces llevaba la cuenta de los hombres que le faltaban al rosario. Ahora siguen asistiendo a la santa misa, pero quizá sea más fácil contar los hombres que van.

Alejándonos un tanto de los temas serios, debo explicar eso del obispo Eloy, que he escrito más arriba. Por esta vez doy gusto al magistral de Málaga, que quiere nombrar así a los obispos. Nada de excelencias ni monseñores.

Otros van todavía más lejos. Me contaban de un obispo que visitó en la clínica a un sacerdote enfermo. Este le saludó y le besó el anillo con todo respeto. A lo que repuso monseñor:

—No me llame usted obispo. Dígame simplemente padre Pérez o José o Pepe.

Aunque yo no lo comprenda debe de ser por mayor perfección.

Desde Barcelona

Un paso más cada día...

El día 29 de agosto pasado, a las once horas, se celebraron en la iglesia de Nuestra Señora de Pompeya, de los padres capuchinos (ahora convento de la *Fraternidad Capuchina*), los funerales en sufragio del excelentísimo y reverendísimo fray Matías Solá Farell, O. F. M. C., obispo de colofón. La misa, concelebrada, fue presidida por el señor cardenal Jubany, asistiendo como concelebrantes el señor obispo de Vich, el obispo auxiliar Ramón Daumal, el abad de Montserrat y varios sacerdotes y religiosos. La primera lectura, leída por un capuchino, fue la carta-testamento del obispo difunto. La segunda lectura fue a cargo de un señor con corbata (que suponemos debía ser seglar) y el Evangelio lo leyó el abad de Montserrat. La homilía, en culto y depurado catalán, la pronunció el guardián del convento.

Durante la Consagración, todos los presentes *permanecieron de pie*. La sagrada comunión la distribuyeron el señor cardenal y el obispo de Vich, *dándola en la mano* a cuantos lo deseaban. De la cruz a la fecha todo en catalán. Y a la hora del responso, alrededor del cadáver, una canción en catalán, de las que cantan los jóvenes en los campamentos de la montaña. Con esta forma de proceder será muy difícil cortar los abusos de todos bien conocidos, porque faltará el ejemplo de nuestros mayores.

¿Cómo no se les habrá ocurrido a los «*fieles*» *de las misas negras* manifestar su gratitud y felicitar a los «Bisbes Catalans», que les ofrecen al distribuir la sagrada comunión *en la mano* tantas *felicidades* para su *culto*?

Se lo merecen.

Desde luego nosotros ofrecemos nuestras súplicas al Señor por el santo obispo fray Matías Solá, que tantos favores ha hecho a la diócesis de Barcelona y que nos ha dado a todos verdaderos ejemplos de humildad franciscana. Que descanse en paz.

Y ahora, y sin comentarios, nos place añadir la siguiente nota, publicada en «El Noticiero Universal», de Barcelona, día 31 de agosto, viernes, en su página 33, dice así:

«El cardenal Felici en Montserrat.

Durante las vacaciones del cardenal Felici en Cataluña, después de visitar varias poblaciones catalanas y diócesis españolas, estuvo también en el monasterio de Montserrat, asistiendo a la misa conventual y siendo después agasajado por el padre abad, dom Casiano Just, y la comunidad benedictina. Se ha observado que cuando el cardenal Felici administró la comunión a los fieles, reiteradamente se negó a darla en la mano, como algunos solicitaban, en oposición a las normas de la Santa Sede para España, Italia y otras naciones, mientras daba la comunión en la boca, como está preceptuado. También fue notado por el inmenso gentío que llenaba la basílica montserratina, que mientras muchos permanecían de pie durante la consagración, el cardenal Felici, que fue el secretario del Concilio Vaticano II y actualmnte es presidente de la Comisión Pontificia para la revisión del Código de Derecho Canónico, permanecía destacadamente de rodillas, como señaladamente ordenan las rúbricas últimas del «Novus Ordo», o sea la liturgia vigente según Pablo VI.—PETRUS, SACERDO CHRISTI.»

"DON OPPAS"

Por M. SEMPRUN GURREA

Odiaba al Jefe del Estado, fuera rey o caudillo. No quería la unidad religiosa de España. Abrió la puerta al enemigo de su Patria y religión. ¿Cobró por ello?

El miércoles 29 de agosto de 1973 el Papa decía categóricamente que hay sólo una Iglesia, la fundada por Jesucristo sobre la Roca que es Pedro. El «A B C» del 22 de agosto, edición de Andalucía, anunciaba que el Consejo *de las Iglesias* (agrupa a 265 herejías, sectas, falsas religiones) se reunirá en la *Pontificia Universidad de Salamanca* el 25 de septiembre de 1973. (Nos dejarán más contaminación y más basura que los turistas que a veces nos visitan.) La Universidad depende del Episcopado español..., está subvencionada por el Estado... ¡Otra tragedia de nuestro desgraciado Concordato!

Don Oppas detestaba al Régimen de su época. Le importaba un bledo la pérdida de la fe. Introdujo al adversario.

¡¡Y Oppas parecía un nombre poco corriente!!

OJEADAS

Por EL VIGIA

Por si uno no viera muy clara la turbiedad de no pocos hombres, y la incurable propensión al error de no pocas fuerzas políticamente relegadas al ostracismo, ciertos artículos periodísticos de determinados «previsores del porvenir» nos ponen al descubierto la cerrazón mental de un conglomerado de náufragos de la vieja política española. Estos náufragos y sus herederos no se consideran tales, sino que se tienen por Grandes Almirantes Invictos, supernumerarios siete lustros ya, por fuerza de las circunstancias, y en expectativa de destino. Y ahí, en este delirio de sus mentes, es donde tienen domiciliados sus dos grandes errores: el personal y el histórico.

Me refiero a hombres muy píos, muy conservadores, muy de derechas; pero muy demócratas, sobre todo muy demócratas, que eso se lleva mucho. Y por serlo —dicen— abominan de la República del 14 de abril y del 16 de febrero. que era un timbirimbi constante, y se inclinan por la Monarquía Constitucional y Parlamentaria, a base de sufragio universal directo y secreto; Monarquía arcádica calcada de aquella que, mediante el golpe de Sagunto, inauguró don Alfonso XII en 1875.

¡Oh, aquello sí que fue bueno!

¿Quieren ustedes que les fatigue —y me fatigue yo—, informándoles, a grandes rasgos, de lo que fue para el país —para el futuro del país— aquella Monarquía por la que ahora —¡ahora!— suspiran estos náufragos? Voy a informarles.

Bajo el reinado de Don Alfonso XII, de febrero de 1875 a noviembre de 1885, poco más de diez años, hubo exactamente diez gobiernos distintos, de los cuales, el que más duró fue el presidido por don Antonio Cánovas del Castillo, desde el 2 de diciembre de 1875 al 8 de marzo de 1879, poco más de tres años, y el que duró menos, el que presidió don Joaquín Jovellar, que se constituyó el 12 de septiembre de 1875 y se disolvió antes de tres meses, el 2 de diciembre del mismo año. Presidentes de aquellos diez gabinetes fueron los mentados don Antonio Cánovas del Castillo y don Joaquín Jovellar, más don Arsenio Martínez Campos, don Práxedes Mateo Sagasta y don José Posada Herrera.

Al fallecimiento de don Alfonso XII, en noviembre de 1885, se instituyó la Regencia de Doña María Cristina, que concluyó en mayo de 1902, o sea, la Regencia duró poco más de dieciséis años. En esos dieciséis años hubo diecinueve gobiernos. De ellos los hubo que duraron cuatro meses —el presidido por Sagasta desde el 4 de noviembre de 1894 al 23 de marzo de 1895—; el gobierno más largo de aquel período fue el presidido por Cánovas, desde el 23 de marzo de 1895 al 8 de agosto de 1897, o sea, dos años y cinco meses.

Presidentes, bajo la Regencia de doña María Cristina, fueron los mencionados Cánovas y Sagasta, más don Marcelo Azcárraga y don Francisco Silvela.

En mayo de 1902 fue proclamado Rey de España Don Alfonso XIII. Durante su reinado constitucional y parlamentario, desde el 17 de mayo de 1902 al 23 de septiembre de 1923, en que se pronunció el general Primo de Rivera, o sea, a lo largo de veintiún años, hubo en España treinta y cuatro gobiernos, varios de los cuales duraron menos de un mes; anotamos los que duraron veintiuno y veintidós días, como los de Sagasta, del 15 de noviembre al 6 de diciembre de 1902, y el de García Prieto, del 1 al 23 de septiembre de 1923. El gobierno que más permaneció fue uno presidido por don Antonio Maura, constituido el 25 de enero de 1907 y disuelto en 21 de octubre de 1909, dos años y nueve meses.

Presidentes, bajo el reinado de Don Alfonso XIII, además de los mentados Sagasta, García Prieto y Maura, fueron don Francisco Slivela, don Raimundo Fernández Villaverde, don Marcelo Azcárraga, don Eugenio Montero Ríos, don Segismundo Moret, don José López Domínguez, el marqués de la Vega de Armijo, don José Canalejas, el conde de Romanones, don Eduardo Dato, don Joaquín Sánchez de Toca, don Manuel Allendesalazar y don José Sánchez Guerra.

Hubo desde la Restauración, desde la implantación de la Monarquía Constitucional y Parlamentaria, en 1875, hasta su extravío constitucional en 1923, veintiuna Cortes, es decir, veintiún Parlamentos. El que menos duró fue once meses, el reunido por Sagasta el 20 de abril de 1898 y disuelto en marzo de 1899. El que más duró fue cuatro años y siete meses, el reunido también por Sagasta en 10 de mayo de 1886 y disuelto el 29 de diciembre de 1890. Don José Canalejas disfrutó de otro Parlamento largo, de tres años y siete meses, el que reunió en 9 de junio de 1910 y fue disuelto el 2 de enero de 1914.

Tenemos, pues, que en cuarenta y ocho años de Monarquía Constitucional y Parlamentaria —Don Alfonso XII, Regencia de Doña María Cristina y Don Alfonso XIII— hubo veintiún Parlamentos y sesenta y tres gobiernos diferentes.

¿Hechos más salientes y decisivos de aquella época bajo aquel régimen?

Don Alfonso XII no acabó, más bien demoró la solución de viejos y sangrientos problemas dinásticos en torno a leyes o derechos sucesorios. Apagó los fuegos, eso sí, de la guerra civil, pero ninguno de los bandos en pugna se despojaron de sus armas, como se vería, como se vio luego. Asistió Don Alfonso XII a los primeros brotes del separatismo de Cuba, cuyas insurrecciones, sofocadas, concluyeron en la paz de Zanjón, que también demoraba, que tampoco resolvía. Hubo Don Alfonso XII de quemarse alguna vez las plantas en los vivos rescoldos revolucionarios: las espadas nostálgicas de civiles francachelas alternarían con los charrascos republicano. Ruiz Zorrilla y Salmerón llamaban a los cuarteles. Hubo los levantamiento de Navalmoral de la Mata y otros. El anarquismo andaluz. Los asesinatos de «la mano negra». Más levantamientos. Los de Badajoz, Santo Domingo de la Calzada, Seo de Urgel. La dispersión, la huida de los amotinados. Y los fusilamientos de aquellos desgraciados que no pudieron ganar la frontera. Conspiraciones movidas desde Francia por el infatigable Ruiz Zorrilla. El capitán de carabineros Mangado intentó penetrar en España por Valcarlos. En Santa Colomá de Farnés los oficiales Belles y Ferrándiz se sublevaron al frente de un puñado de soldados. Los cabecillas y sus fuerzas fueron batidos. Aquellos, prisioneros, fueron conducidos a Gerona y fusilados. Agitaciones estudiantiles, invasión por la fuerza pública de los recintos universitarios. Incidente internacional con Alemania por la valencia de nuestros derechos sobre la isla Yap, del archipiélago de Las Carolinas... Y muere Don Alfonso XII.

El año 1885 se inicia la Regencia de la Reina Doña María Cristina, confiada, por el llamado «pacto de El Pardo», a los buenos oficios de Sagasta, el condenado a muerte por su participación en la sublevación del Cuartel de San Gil. Y aquella Reina, de acrisoladas virtudes privadas y públicas, no hubo de afrontar nada más que lo siguiente: el terrorismo barcelonés, iniciado por el atentado de Paulino Pallás contra el general Martínez Campos, que presidía una parada militar. Bombas, asaltos, incendios, represiones; los célebres procesos de Montjuith, floración siniestra del anarquismo catalán, que culmina en el asesinato de don Antonio Cánovas del Castillo, el hombre, el artífice de la Restauración. Insurrecciones de algunas cabilas del Rif, en Marruecos; muerte del general Margallo frente a la morisma. Fusilamiento de Pallás. Explosión de una bomba en el Liceo de Barcelona, en plena función de gala, que ocasiona la muerte de dieciocho personas y más de un centenar de heridos. Otro movimiento separatista en Cuba. Al grito de: «¡Viva Cuba libre!», en Baire, comenzaba la más desastrosa de las guerras que sostuvo la Patria. ¡Se salvó el honor en la tierra y en el mar, pero cuántas cosas no se perdieron! Insurrección de Filipinas. El *Maine*. La pérdida de los últimos restos de nuestros dominios coloniales. Cesión a Alemania, por veinticinco millones de pesetas, de los archipiélagos de Marianas, Palaos y Carolinas. En Cataluña nace virulento el regionalismo, el particularismo, la guerra de secesión en larva. En Valencia, en Aragón, prende el anarquismo de Cataluña: huelgas, motines, asonadas. Con motivo de la Ley de Asociaciones, irrumpe en la política española el virus anticlerical y se encrespa la persecución social a las Ordenes religiosas...

Acaba la Regencia de «la noble Señora de los tristes destinos». Comienza el siglo XX con la conciencia nacional dolorida por los recientes, pertinaces malos tratamiento del destino, y sacudida, en lo social, por la incorporación a la política de unas masas que, formadas en el anarquismo andaluz y catalán, habrían de disciplinar sus movimientos subversivos a los dictados científicos del socialismo internacional, del marxismo en su adolescencia. España comenzaba el siglo bajo la mirada serena y esperanzadora de un joven Rey muy animoso y valiente: Don Alfonso XIII.

Don Antonio Maura, el estadista insigne, el magno político que aspiraba a sujetar la revolución de abaja *haciéndola desde arriba*, sería pronto eliminado del servicio de la Patria y de la corona al grito feroz de «¡MAURA, NO!», «¡MAURA, NO!» Consigna internacional, antiespañola, semejante al «¡FRANCO, NO!, «¡FRANCO, NO!», de estos treinta y tantos años. España, por aquel tiempo, bajo una Monarquía Constitucional y Parlamentaria, se rindió. Aquella España y aquel Régimen se rindieron. Maura fue sacrificado; le privaron al Rey de este portentoso Consejero, de este preclaro gobernante.

Don José Canalejas, el también excepcional gobernante, que con Maura podría haber conjurado la revolución, disciplinando desde arriba a las furias de abajo, o amansado a las furias de abajo sometiendo a la Ley a los desmandados de arriba, no fue vetado como Maura; fue algo más definitivo; don José Canalejas, presidente del Consejo de Ministros, fue asesinado en plena Puerta del Sol...

Don Eduardo Dato, otro político eminente, el jefe de gobierno que se caracterizó por su espíritu reformador en el mundo del trabajo y en la asistencia social a los trabajadores, cayó asesinado también por haber rendido al país y a la corona muy altos servicios. (Don Antonio Cánovas del Castillo ya vimos cómo también había sido asesinado.)

Al fondo de estos dramáticos episodios, exponentes de la insumisión, de la indisciplina, de la insolidaridad nacional, que condena al ostracismo o suprime a balazos a sus hombres de gobierno y asiste, atónita, a los tres atentados de que fue víctima la propia augusta persona del Monarca; al fondo de estos primeros planos inquietantes, digo, están «la semana trágica de Barcelona», el fusilamiento de Ferrer, la guerra de Melilla, la inmolación del general Pintos y de su brigada de cazadores en el barranco del Lobo; están la huelga general revolucionaria de 1917; las Juntas Militares de Defensa, especie de sindicalismo militar que copiaron los funcionarios públicos y dio origen a conflictos y huelgas incalificables como las de Hacienda, Correos y Telégrafos; están la tragedia de Annual, la Dictadura del general Primo de Rivera (oasis de unos años porque vacó el régimen), la sublevación de don José Sánchez Guerra en Valencia, de los artilleros en Ciudad Real; el claudicante y entreguista Gobierno Berenguer; el levantamiento de Galán y García Hernández; las elecciones municipales del 12 de abril de 1931; la dispersión, la deserción, la República patibularia, la guerra civil, de Liberación y de Cruzada, la pasión y el calvario de España... ¿De 1875 a 1931, qué? Gobiernos constitucionales, partidos y partidas, elecciones libres, desintegración nacional, atentados, terrorismo, fusilamientos, dictaduras, catástrofes, el odio y la muerte en los hombres, la inestabilidad y la disolución en el país.

(Pasa a la página siguiente.)

Contraste de pareceres

No estoy conforme...

Por M. DIAZ

No estoy conforme, señor Cepeda, con varias de las afirmaciones que usted hace en la primera parte de su escrito «Aventura de ideas», en el diario *Región* del día 14 de agosto. Vayamos por partes:

La responsabilidad del pueblo judío en la muerte de Cristo es tan indudable que no hay manera de desmentirla.

Porque en la muerte del Señor hay que distinguir dos cosas que jamás se deben confundir:

1.ª El hecho histórico de su muerte, de la que fue culpable la Sinagoga, o sea, la clase dirigente del pueblo judío, más que el mismo pueblo, que aunque ayudó lo suyo, fue manejado hábilmente por sus políticos, razón por la cual su culpabilidad queda muy disminuida.

2.ª El hecho histórico también del cumplimiento de las profecías de los libros sagrados y del mismo Jesucristo, según los cuales El se había de sacrificar o morir voluntariamente para la salvación de los hombres; pero que no quita o anula la culpabilidad de los judíos que le llevaron a la muerte de cruz.

El hecho histórico de aquella muerte injusta es como un sambenito que pesa sobre la conciencia o historia del pueblo judío de aquella época, que no hay concilio ni papa que lo pueda borrar o quitar. Casi todos los pueblos tienen en sus historias páginas muy poco brillantes...

El Concilio Vaticano II, los Papas y el sentido cristiano de la vida, por muy escaso que sea, lo que dicen —y no tienen más remedio que decirlo— es que por aquella muerte, política, social y jurídicamente inconcebible, se vaya a culpar a los judíos de hoy ni a los que nacieron ya antes de morir el Señor, sin culpabilidad alguna en su muerte, ni a fomentar racismos antijudíos de los pueblos no judíos. Como no se puede culpar a los alemanes de hoy de los crímenes de los ayer racistas.

Pero ¿quién es el loco que tal cosa pueda decir o hacer? Los españoles hemos tratado en Africa a diario con los judíos allí residentes y jamás se nos ocurría decirles nada sobre la muerte de Cristo. Lo único que nos apenaba en ellos era que ya no esperaban al Mesías ni tenían fe religiosa alguna, como la tenían los judíos de los tiempos de Cristo, aunque estuvieran equivocados en cuanto a la clase de Mesías que esperaban.

Se ríe usted del llamado imperialismo judío. Bueno..., usted sabe muy bien que hay muchos hombres tan importantes y competentes como el que más que lo toman muy en serio y no se ríen de tal imperialismo. La historia parece confirmarlo y los planes consignados en el libro «Los Protocolos de los Sabios de Sión» lo dan a entender con toda claridad. ¿Sería usted capaz de demostrar que ese libro es de historia-ficción?

Y conste que a mí, prescindiendo de la injusticia que pueda haber en el problema del pueblo palestino, personalmente me agrada ver a los judíos en Palestina, por aquello de haber sido su antiguo solar patrio y porque Jesús, en cuanto hombre, y la Virgen Santísima, su madre, y los apóstoles y primeros cristianos fueron judíos.

Todavía hace pocos días le decía a don Alfonso Paso que no entendía bien la negativa de España a establecer relaciones diplomáticas con Israel a causa, según don Alfonso, de sus crímenes con el pueblo palestino, habiéndolas establecido con la China de Mao y estando a partir un piñón con los bolcheviques de Breznev, que, en cuestión de crímenes, tanto unos como otros, dejan tamañitos a los judíos que, comparados con ellos, son no ángeles, sino arcángeles...

En cuanto a la expulsión de los judíos españoles por los Reyes Católicos, usted, señor Cepeda, la enjuicia, a mi juicio, con una ligereza harto ligera. No lo esperaba de usted.

Realmente, me parece muy duro calificar de *tontería* la medida adoptada por Isabel de expulsar a los judíos, aunque fuera, como usted dice, contra el parecer de Fernando.

Isabel tuvo que pensarlo mucho y consultarlo mucho con quienes podían y debían aconsejarla en un asunto tan importante, y más desde el punto de vista moral y social que el económico.

Aun en el caso de que aquella medida no hubiera sido acertada, no se puede asegurar que haya sido tan funesta como para decir que «aún estamos pagando las consecuencias». ¿Por qué no podemos pensar y decir lo contrario? ¿Por qué no pensar que, de no haberlos expulsado, las consecuencias para el país habrían sido peores? ¡No sólo de pan vive el hombre!

Aún más: ¿Por qué expulsamos a los árames mediante una lucha que duró ocho siglos? ¿Fue otra «tontería» de los Reyes Caudillos y de todos los demás reyes hasta llegar a Isabel y Fernando, que la consumaron? ¿No nos dejaron los árabes más cosas buenas que los judíos?

¿No sabe usted, señor Cepeda, que a nuestra Cruzada se la califica por algunos —por muchos, y hasta eclesiásticos de gran categoría— no de «tontería», sino de locura y algo peor, de la que tenemos que pedir perdón?

Y yo pregunto: ¿Qué consecuencias, para España y para Europa, habría traído el triunfo del Comunismo frente al Movimiento Nacional? ¿Fue una «tontería» lo que hizo Franco y lo mejor del pueblo español?

¿No se dice también que la conquista de América ha sido la locura mayor que España pudo hacer, porque se empobreció económica y socialmente para siempre? ¿Es que se pueda condenar a una madre de muchos hijos que la han enflaquecido y borrado los hermosos colores que antes tenía en su cara, colores que ahora hermosean los rostros de ellos?

¡Qué fácil es ver consecuencias funestas donde se pueden ver maravillosos aciertos! ¡Sólo Dios sabe si esas consecuencias fueron acertadas o equivocadas! También el señor Tovar culpa al rey Felipe II del atraso científico de España, contra el parecer de Menéndez y Pelayo, a partir del 1550, en que se estableció el Tribunal de la Inquisición, y, como dice el padre Vaca: «Con Inquisición, en sus tiempos más rigurosos, floreció nuestro *Siglo de Oro*, y cuando ésta desapareció, no se produjeron milagros de cultura.»

NOTA.—A este escrito, que no pudo ser publicado en «Región», se le contestó muy atentamente por el señor Cepeda con un párrafo copiado del historiador alemán Baer, en el que da cuenta de la multitud de actividades de todas clases a que se dedicaban los judíos españoles, cuyos frutos se perdieron con la expulsión.

Uno acepta esa explicación, que tiene mucha fuerza; pero no puede dejar de admitir otros motivos de carácter moral, religioso, social y político, en gracia de los cuales hubo que sacrificar los económcios y hasta los científicos, que se pueden suplir de otra manera, aunque se tarde mucho tiempo. Vuelvo a decir: No sólo de pan vive el hombre...

¿Toses de ultratumba?

Sucedió en Quito. Lo facilita un rotativo de mi localidad. Lean:

«La joven estudiante de medicina Germania Herrán se llevó un susto mayúsculo cuando se disponía a hacer la autopsia a un cadáver. Este abrió los ojos, la miró y empezó a toser. El obrero José Chilli había permanecido en una mesa de disección durante veinticuatro horas, tras haber sido rescatado de un corrimiento de piedras y rocas. Germania seleccionó el cadáver de Chilli de entre otros once, y al aproximarse al mismo para estudiarlo se produjo «la vuelta a la vida» del obrero. Chilli fue trasladado al hospital, donde los médicos *comprobaron* que había sufrido un *prolongado* fallo cardíaco.»

No se nos dice más, de lo que habrá que suponer, felizmente, que el «cadáver» se recuperó totalmente. Una vida que se salvó por pelos, por haber sido selecionado para la disección. Entre los diez restantes, ¿no hubiera podido darse otro caso similar de no proceder a la inhumación? ¿Y se hubiera salvado el interesado si en lugar de la autopsia se hubiese pensado en un trasplante de corazón; pero a tiempo, naturalmente, y no a las veinticuatro horas de hallarse el interesado (nunca mejor dicho) tendido y «muerto» en la mesa de disección? Respondan los cirujanos cardiólogos. Y digamnos también qué sucedió en las células cerebrales, faltas de riego sanguíneo por tan prolongado espacio.

En vista de los casos —parejos o similares, de niños o adultos— que se vienen repitiendo, seguimos pensando que la licitud de esos trasplantes no está clara; por lo menos, respecto del que «da» el corazón, aunque lo parezca al que lo recibe y al intermediario. Y como no es la primera vez que aquí tocamos el tema, perdónesenos si parecemos reiterativos.

SAMANIEGO

(Viene de la página anterior.)

En suma, la Monarquía liberal y parlamentaria, como la República liberal y parlamentaria —democracias inorgánicas ambas—, a los fines de las Internacionales del Cataclismo, y dada la idiosincrasia del pueblo español, son el anverso y el reverso de una misma medalla: esos regímenes, vestidos de «mono» o de frac, equivalen a lo mismo. División del país, desintegración de la conciencia nacional, odio y lucha de clases, desmandamiento de los partidos, dispersión y disolución en el fratricidio y en la muerte.

Franco y el Movimiento Nacional, fieles a la Historia de España, con el pasado aterrándoles y el porvenir reclamándoles firmeza y salvación, han instaurado esta Monarquía Católica, Social y Representativa que, claro, como enraizada hondamente en la tradición de la Patria y fundada para acorazarla y servirla en su fe y en su unidad, no es útil ni sirve a los *unos* ni a los *otros*. Ustedes me entienden. No es útil ni sirve a los *unos* ni a los *otros*.

Por eso, los *otros* y los *unos* parecen fundirse en el vituperio contra Franco, el Movimiento Nacional y contra su Monarquía.

¡Dios salve al Caudillo y al Rey!

LA ERA DEL SEXO DEICIDA Y EL SEXO TEOLOGICO

Por A. ROIG

Desde Combes hasta nuestros días —a excepción del período del mandato del mariscal Petain— los ministros de Educación o Instrucción han sido masones. Sus orientaciones, sus planes de estudio, su monopolio dictatorial en frentado a la enseñanza libre han respondido a los dictados de las logias, hoy predominantes en la UNESCO.

De este contubernio masónico-revolucionario sólo nos puede venir una sociedad descristianizada que nuestros progresistas acogen jubilosos porque sirve a sus fines «desacralizadores» y «desclericalizadores» para cambiar las verdades de la fe por la filantropía y el materialismo naturalista, puestos en circulación con etiqueta «católica».

Y como una etapa más en el avance de los fines de la revolución, el «Journal Officiel» del 12 de julio ha dispuesto que a partir del próximo curso será obligatoria la información sexual en las escuelas oficialmente programada, durante seis cursos o etapas de enseñanza. Después de estas seis etapas, «facultativement» serán dadas después de las clases —con la autorización de los padres o de quienes les sustituyen— «cursillos» complementarios sobre la educación de la responsabilidad sexual por «especialistas» formados bajo el control del «*Conseil Supérieur de l'Information Sexuelle, de la regulation des naissances et de l'education familiale*», instituido también el 12 de julio.

El lector ya se puede imaginar los conflictos que se producirán entre los hijos y sus padres o quienes les sustituyen si estos últimos creen no deben autorizar la asistencia a tales «cursillos». Difícilmente podríamos hallar un mecanismo de desintegración familiar en la edad de la pubertad, montado con tan meticuloso cinismo en aquellos aspectos en que son más violentas las pasiones.

Esta ley oficialmente promulgada en el «Journal Officiel» del 12-VII-73 tenía que haber sido «completada» con la ley de la «liberalization de l'avortement» (libertad de abortar) que el NO histórico de los médicos, los juristas y los catedráticos católicos de Francia impidió su promulgación.

Pero el fondo del problema, la auténtica verdad, no es la «information» sexual en las escuelas —concebida con una perversidad incalificable—, sino, al contrario, poner en práctica el plan del «Mouvement français pour le planning familial» que el profesor Lefebvre ha calificado de verdadera revolución sexual en el contexto de una profunda revolución cultural.

En «L'Education Nationale-Nouvelle Série», revista casi oficial para los maestros de todos los grados de enseñanza, Brigitte Bon publica un comentario de la citada ley, en el que afirma: «Las nuevas generaciones repudian con violencia especial las normas, costumbres sexuales tradicionales, por lo que hasta hoy han tenido de «repressif». Esta liberación sexual vive el riesgo de ser calificada de comprometida.» En esta misma revista, Jacqueline Kahn Nathan afirma que «no habrá educación sexual sin *informar* a los jóvenes de las posibilidades que les ofrece la medicina y la ciencia para evitar el embarazo. No hay posibilidad de expansión de la vida sexual si no se puede disociar la reproducción de la vida sexual».

Y por si no hubiera con esto bastante, bajo los auspicios oficiosos del Ministere de l'Education Nationale, los doctores Kahn Nathan, Jean Cohen, Tordjman y Verdoux, una editorial con extensa red de librerías distribuidoras (cuyo nombre me abstengo de citar para no hacerle una malsana propaganda, pues no es aquí la única existente), ha publicado una abyecta «Enciclopedie de la vie sexuelle» en cinco tomos. Cada tomo es a la vez un manual escolar orientado hacia una enseñanza progresiva. El primer tomo es para los siete-nueve años; el segundo, para los diez-trece años; el tercero, para los catorce-dieciséis años; el cuarto tomo para los diecisiete-dieciocho años (fin de estudios), y el quinto tomo es para los adultos. Estos manuales presentados en su conjunto como una enciclopedia estarán en las manos de muchísimo niños y niñas y sus respectivos maestros y maestras. Desde el volumen destinado a los siete-nueve años, el niño y la niña abrazados en las páginas de la cubierta, el hombre y la mujer adultos están a lo largo de las páginas acostados, de pie, «*accouplés*». La familia es un campo nudista, y los «mecanismos concretos de la unión» son presentados simbólicamente y a dos colores.

En el segundo tomo (diez-trece años) todos están desnudos alrededor de la mesa familiar, madre e hija están desnudas juntas bajo la ducha, desnudas enlazadas y desnudas de rodillas. Las hermanas están desnudas una al lado de la otra, el macho y la hembra adultos están estirados y en otras posiciones (foto en doble página). Más adelante, y siempre a doble página, sigue desnuda toda la familia: el padre, la madre, el hijo, la hija, alrededor de una piscina de jardín. Provocación tan enfermiza supera a Suecia. Es el mismísimo infierno.

El tercer tomo (catorce-dieciséis años, seguidamente después de la pubertad) es un manual de la obtención del placer carnal sin riesgo del embarazo. Todos los métodos y todos los instrumentos destinados a disociar radicalmente el goce de la fecundidad están en él expuestos. Después de esto, se deja a las familias de hacer libremente «la education»...

Es preferible omitir el contenido y propósitos de los dos últimos tomos. Con ellos se completa el animalizar y tecnificar al amor con el máximo cinismo glacial.

Tal es aquí en Francia, por la Ley del 12 de julio de 1973, el espíritu y los propósitos de la «Information» sexual laica y obligatoria.

Como con tal «ley» y tales «materias» el desplome moral puede ser definitivo, pues las clases del cuarto y tercer grado pueden ser convertidas en «traveaux practiques de sexologie experimentale», a partir de ahí puede comenzar el enfrentamiento de los hijos contra sus padres «atrasados» que les quieren «reprimir»... y todo lo demás...

Lo gravísimo del caso, aparte de la citada Ley del 12-7-73, que merece nuestros calificativos más duros, y aún así resultan pálidos, es que no ha sido oída colectivamente, ni en todas las diócesis individualmente, la voz, la denuncia, la condena, ni la movilización de las familias católicas por nuestros obispos contra tal ley, tales enseñanzas y tales propósitos que hacen concordar a esta ley con la expresión máxima de la inmoralidad y del egoísmo materialista y anticristiano, y los propósitos incalificables del masónico y revolucionario «Mouvement français pour la planning familial», enfrentado a las exigencias de la moral y la vida cristiana.

Explosión de ese hedonismo amoral lo han sido otra vez este año el monokini femenino, no sólo provocado, sino incluso agresivo en no pocas ocasiones. La autoridad —especialmente la *gendarmería*— ha sido maniatada, inmovilizada, por «altas esferas superiores». Con tales ejemplos y tales enseñanzas, agravados por el silencio de los obispos obligados a denunciar y a condenar, la conjunción ambiente-escuela acabará corrompiendo el esquema mental de los que mañana serán los hombres y las mujeres —las familias— de la sociedad francesa.

Así las cosas, en el principado de Mónaco ha sido anunciado oficialmente que en su territorio el monokini femenino será no sólo autorizado, sino incluso protegido por los gendarmes de la costa monegasca. Lo que en las vecinas playas de la Costa Azul y Saint Tropez sólo es tolerado, pero no protegido, ha adquirido derechos y protecciones en el principado de Monaco. La falta de reacción de la jerarquía católica hace posible tal desmoronamiento de las costumbres. Ella es, quieran o no, la máxima responsable, pues su misión tiene más amplio alcance que el del interior del templo y las sacristías, donde tampoco su progresismo es compatible con el ejercicio de la jurisdicción y del magisterio a que están obligados y no cumplen.

Toulouse, septiembre 1973.

A FRAY PEDRO DE LA ENCARNACION

En Cristo, muy apreciado religioso: Sin más preámbulos me complazco en manifestarle que, si alguna rarísima vez concelebro —cosa que no me apetece—, me sujeto exactamente a las palabras del ordinario del misal. Pero en la misa particular digo siempre «por MUCHOS», y no «por todos». Además, en el doble *Bendito seas, Señor Dios del universo del ofertorio*, digo cada vez «que te OFRECEMOS», nunca «que te *presentamos*»; y también, en vez de *será para nosotros*, digo «él se nos CONVERTIRA en pan de vida, en bebida de salvación». Finalmente, llegado el momento de comulgar, al levantar la hostia consagrada a la vista de los fieles, no me contento con *benditos los llamados a esta Cena*, sino que termino la frase de esta otra forma: «llamados a la CENA DEL CORDERO». *Ad coenam agni*, dice el texto latino. Aprendí la lección del ¿QUE PASA?, hace mucho tiempo, y me la sé bien de memoria. Teniendo el bolígrafo en la mano, añadiré algo más. Las monjas que me tienen de capellán retiraron el comulgatorio el 16 de julio, solemnísima fiesta de su Titular; lo comprendí por la grande afluencia de devotos que llenaron su iglesia. Pasados tres días, no había retornado el comulgatorio a su sitio, y lo reclamé. Había sido un descuido de las buenas carmelitas, que ciertamente quieren recibir de rodillas a Cristo Sacramentado.
Suyo afmo. s. s. q. b. s. m.,

BARTOLOME GUASP, PBRO.
(Palma de Mallorca.)

LAS DENUNCIAS ELEVADAS A LA JERARQUIA ¿SON LANZADAS AL DESIERTO?

Carta abierta al señor obispo de Jaén

«Cuando hay peligro para la fe, debe llamarse la atención de los prelados, incluso públicamente, por los súbditos», decía Santo Tomás.

En este pueblo, Torreperogil, hemos padecido nuevas incursiones del «reformismo» que intenta dominar y remoldear nuestra fe. Ved, señor:

El día de San Isidro Labrador, el cura párroco, que revestido presidía la procesión que organiza la Hermandad de Labradores y Ganaderos, la abandonó por el hecho de haberse incorporado a presidirla las autoridades locales. Grave desafuero el de vuestros clérigos, en que, entiendo yo, se ofendió, menospreciándolas, a las personas y a la autoridad que legítimamente ostentan.

Días después, en una visita vuestra que no olvidaremos fácilmente y de la que me ocuparé más adelante, os contaron lo sucedido las citadas autoridades, creyendo tal vez que vos tomaríais cartas en el asunto para que no se repitiese; pero vos, ilustrísimo señor, os contentasteis con manifestar vuestro deseo: que se llegase a un entendimiento positivo mediante diálogo. ¿Pero es que se precisa diálogo para que nuestras autoridades usen del derecho que les asiste de representar en una procesión a este pueblo de creyentes? Eso es ignorar lo que preceptúa el Pontificial Romano sobre el lugar preferente que deben ocupar en los actos litúrgicos, y que se recuerda en el artículo 32 de la Constitución S. C. del Vaticano II. Por tanto, estimo que no es necesario. Pero admitiendo su necesidad, ¿es que se puede dialogar con desobedientes contumaces que igual ignoran en la santa misa la oración «Et fámulos» que hieren la piedad mariana de estas gentes? ¿A qué el diálogo? ¿Quién y por quién se ha roto el entendimiento entre ambas potestades? ¿Para qué se empeñan en llamar a diálogo los que nos han demostrado hasta la saciedad que en su fuero no admiten más que el monólogo? ¡Vamos!

Desde primeros del mes de mayo no va el clero a recoger los difuntos a la casa mortuaria por «motivos pastorales». ¿Podrían aclararnos estos clérigos esos «motivos» sin tópicos ni vaguedades?

El 20 de mayo, domingo, día de vuestra última visita, en la misa de las ocho de la tarde que celebrasteis vos, autorizasteis a las superiores de los dos conventos para dar la Sagrada Comunión. Entiendo que en este punto no usasteis debidamente el derecho que os concede la Instrucción «Inmensae Caritatis», sino que, ignorando una condición esencial de la misma, cual es «cuando es insuficiente el número de ministros ordinarios», no sólo facultasteis a dichas religiosas, sino que públicamente las obligasteis a dar la Sagrada Comunión con violencia extrema, hasta el punto que hubisteis de oír: «No puedo», «no estoy preparada», «que me caigo», «que no veo», etc. Ilustrísimo señor obispo de Jaén, ¿es ése vuestro particular modo de apacentar el rebaño? Permitidme que os diga: esa praxis vuestra no creo sea interpretación fiel a la inspiración del Espíritu Santo. Y si tenéis dudas, atended al clamor popular, escandalizado y ofendido en tantos cambios arbitrarios y caprichosos, debilitadores de la pureza de la fe, a que está sometido.

En vuestra homilía dijisteis: «*Aunque los sacerdotes sean muy malos, muy malos, y ellos no hagan lo que dicen, allá ellos, pero en la iglesia hay que hacer lo que ellos digan.*» En efecto. Pero siempre y cuando lo que manden sea justo y no ajeno al bien espiritual de las almas o, lo que es peor, que con ello turben la solidez de la fe. Ved, si no, señor: a) ¿Hemos de aplaudir la supresión del rosario? ¡No! No podemos sin desobedecer a la Santísima Virgen, y puestos a elegir, daremos por no oído cuanto no concuerde con los deseos de la Madre de Dios, por entender ciertamente que procede de Satanás y que quienes lo combaten o ignoran son aliados del Maligno.

b) ¿Habremos de loar que las imágenes de la Virgen de Fátima, San Blas, San Juan, Santa María Magdalena y otras hayan desaparecido de los altares y hoy estén almacenadas en el coro, alejadas de los piadosos ojos que les tienen particular devoción? ¡No! No podemos sin correr el riesgo de caer en el error iconoclasta condenado por el II Concilio de Nicea, lo que preceptúa el Concilio de Trento y últimamente el Concilio Vaticano II en el artículo 67 de la Constitución «Lumen gentium», que dice: «Obsérvese escrupulosamente lo que se decretó en tiempos pasados acerca del culto de las imágenes de Cristo, de la Santísima Virgen y de los Santos.»

c) ¿Hemos de aceptar como iluminada catequesis que a una imagen de la Santísima Virgen se le alce el manto y se le diga a los niños: «¿Veis cómo la Virgen es de madera y no tiene pies?» Y que en Navidad nos dijeran, «descubriendo el Mediterráneo», que la imagen del Niño era de escayola?

d) ¿Tendremos que admitir que se niegue la sagrada comunión por el hecho de arrodillarse para recibirla a personas que su fe, la tradición, el derecho de Dios y el de almas redimidas les otorga ampliamente y se administre sin la menor objeción a damiselas cuya vestimenta puede provocar graves desórdenes? No, ilustrísimo señor obispo de Jaén. Y si estuviéramos equivocados, cítesenos, por favor, un canon en que tal conste; désenos razonable y saludable pasto y no se nos imponga avitamínico plato único en estos tiempos de apertura, comprensión e indulgencia a toda experiencia religiosa (!!!). Y si Pablo VI autoriza la comunión a Barbarina Olson (hereje presbiteriana), ¿quién puede negarla a los que se arrodillan? ¡Vamos! Creo que no merece comentario lo que evidentemente no pasa de ser un primario abuso de autoridad no subordinado ni condicionado a quien lo cometa.

e) ¿Habremos de aplaudir que a un sacerdote aquí portando el Santísimo Sacramento se haya dado el doloroso caso de confundirlo con un cobrador, por ir de paisano. ¡No! No podemos porque debemos y queremos que Dios en el Sacramento del Altar sea portado, tratado y rodeado de los signos sacramentales y litúrgicos internos y externos más exquisitos, a todo lo cual ¡¡¡tiene pleno derecho!!!, y nosotros, almas bautizadas, el deber de proclamarlo, aunque en ello nos vaya la piel.

El coadjutor que sufrimos, dijo recientemente en una homilía: «*Los que critican al Papa, al obispo o a los sacerdotes están excomulgados y se acercan a comulgar tan tranquilos.*» Dicho así parece dar a entender que los clérigos, por el hecho de serlo, están confirmados en gracia, ya que nada suyo es reprochable. Eso es puro «coco» para mis pobres paisanos. Vos sabéis —y él debería saberlo también— que, si se refiere al canon 2.344, no debe olvidar que las penas de que en el mismo se habla están condicionadas, como es justo, lógico y natural, a una única causa que las motiva, cual es «in odium Ecclesiae vel fidei» («en odio a la Iglesia o a la fe»). Es decir, que existe una condición imprescindible: cuando se persigue lo sagrado, difamando a las personas consagradas. Santo Tomás lo entendía lógica y santamente. Por tanto, creo que se puede pensar, sin temor a excomunión válida, que quien se expresa así es un ignorante o trata astutamente de engañar a los fieles. ¡Pobre pueblo mío! Pero si os parecieran infundadas mis conclusiones, ved lo que dice Pablo VI: «*La Iglesia sufre por la deserción y el escándalo de ciertos eclesiásticos y sacerdotes que hoy día la crucifican.*» No puedo por menos de recordar aquí aquello del santo Evangelio: «El que tenga oídos para oír...»

El mismo «excomulgador», el día de Santiago, en la homilía nos dijo: «*Si estuviéramos convencidos de que los santos iban a venir a privarnos de nuestros problemas, les pediríamos que vinieran a liberarnos también de nuestros ineptos gobernantes y tecnócratas.*» Y concluye: «*Nuestros problemas tenemos que resolverlos nosotros; no van a venir del cielo a resolvérnoslos.*» No sé si tendrá fundamento para juzgar el proceder de todos los que mandan, pero ¿desde cuándo no podemos pedir por las necesidades materiales e implorar ayuda del cielo? ¿En qué tenemos que pensar cuando decimos «danos el pan de cada día» y «creo en la comunión de los santos»? Si los que por ministerio deberían ocuparse de fomentar la defensa de la fe la atacan despiadadamente, ¿para qué los queremos?

Entiendo que es la imitación de aquellos hombres y mujeres (cuyas imágenes hoy se nos escamotean), la pureza de recta conciencia, el alma en estado de gracia santificante y, en suma, la fidelidad a la santa ley de Dios, lo que se hará cotizar a la hora del Juicio, pero no la ductibilidad y servilismo a los caprichos de los hombres que llegan a creer que sus ocurrencias son la ley. Creo no debe olvidarse que Santa Juana de Arco, San Sofronio, San Máximo y otras almas fieles que fueron consecuentes con sus creencias ante un mundo que los combatía por doquier, y principalmente dentro de la Iglesia por altísimas jerarquías, sirviendo al Señor valerosa y perseverantemente, alcanzaron el premio de la bienaventuranza eterna.

Antes dije, ¡pobre pueblo mío!, pero no. Y digo no ,porque aquí tenemos los torreños una tabla de salvación de la que no nos separaremos por nada del mundo: nuestra queridísima Patrona, la Santísima Virgen de las Misericordias, que, por cierto, a lo mejor espera que vos la visitéis y organicéis el canto de una salve en desagravio de las injurias de que fue objeto no ha mucho su venerada imagen. De todos modos, aquí, cobijados bajo la maternal protección de nuestra Santísima Perpetua Alcaldesa e invocando la de San Miguel Arcángel, Príncipe de la Celestial Milicia, procuraremos perseverar a toda costa en la fe que nos legaron nuestros mayores y en la que nos confirmaron virtuosísimos sacerdotes cuyo celo por la salvación de nuestras almas a algunos ya habrá premiado el Buen Pastor.

Me adhiero plenamente a «Un Alma Torreña» y participo de sus puntos de vista en las cartas que os ha dirigido hasta ahora. Sirva, pues, esta primera como preludio de lo que en conciencia creo debí haber hecho antes.

Respetuosamente,

UNA VOZ TORREÑA.»

LA NEUTRALIDAD DEL ESTADO

(Diario «EL ALCAZAR»-3-IX-973) **Por EULOGIO RAMIREZ**

¿Deben el Estado y el Movimiento españoles ser neutrales ante una lucha de partidos eclesiales-políticos en nuestra Patria, cuando se tiene la sensación de que hoy —mañana puede variar— el Estado vaticano y la Iglesia, por razones no estrictamente religiosas, tratando de crear artificial y coercitivamente un partido eclesial mayoritario, inamistoso, ya que no hostil a los Principios Fundamentales del Régimen español y favorable a la ideología liberal, por más que el Pontificado, desde Gregorio XVI hasta Pablo VI, pasando por Pío IX (el Papa del «Sylabus») y León XIII la hayan condenado?

¿Puede pretender —como parece— la Iglesia jerárquica que el Estado y las autoridades civiles permanezcan neutrales y pasivos ante una Iglesia que no es lo uno ni lo otro, ante una Iglesia que promueve el liberalismo que ella misma condenó, y tras el que vienen, en caldos sociales de cultivo como el español, la anarquía y el marxismo?

¿Puede frenar el Estado a los ciudadanos y a los medios de expresión oficiales y privados, deseosos de reaccionar frente a la subversión eclesiásticamente alentada, cuando parece que la Iglesia no sólo no frena, sino que excita a sus órganos de expresión y a clérigos caracterizados, para que promuevan la subversión contra el Estado?

¿No es legítima la defensa del Estado frente a la subversión eclesiástica?

¿O ha de aceptar el Estado católico necesariamente la tendencia ideológica y política que la Iglesia pretende imponer, dejando de respetar el legítimo pluralismo de opciones políticas y la autonomía del Estado?

Si trascendentalizamos el problema, esas cuestiones se reducen a estos términos:

¿Son infalibles el Papa y los obispos cuando descienden a la arena política y, sentenciando, juzgando, favorecen un Régimen, una política y un partido, perjudicando a otros? ¿Alcanza la infalibilidad de la Iglesia al campo estrictamente político?

Si el Magisterio oficial de la Iglesia fuese políticamente infalible, ¿por qué no habrían de seguirlo ciegamente los cristianos, y que asumieran, en tal hipótesis, el Papa y los obispos, ante Dios y ante la historia, las responsabilidades inherentes a su participación, a su enjuiciamiento y a su opción política? ¿Por qué habrían de ser los laicos simples cabezas de turco, al paso que los prelados se quedan en capitanes Araña?

Admitida la hipótesis de que los obispos son políticamente infalibles, lo lógico es que ellos asumieran los poderes políticos.

¿Que no son infalibles?

En tal caso, ¿por qué no hemos de tener libertad los católicos para desoír al Papa y a los obispos en sus apreciaciones políticas, cuando nuestra conciencia, en la que existen otras vivencias, otras informaciones y otras previsiones, nos exija desoírlos, si ellos se inmiscuyen —cosa posible aún e históricamente real— en lo que no les incumbe?

A los que amamos, respetamos y necesitamos como líderes religiosos, ¿hemos, por eso, de aceptarles como líderes o mentores políticos?

¿Podemos, al menos, aceptar como mentores morales a los prelados españoles que osen predicar, como el cardenal Daniélou en su último libro, «La cultura traicionada por los suyos»? «En este momento se siente que hay cosas contra las cuales es menester luchar, gentes contra las cuales es preciso luchar, porque la salvación humana y espiritual de las almas está en juego. Es cierto que el mundo en el que vivimos, en particular el mundo cultural, va prácticamente hacia una libertad que nadie osa ya detener. Que una autoridad, cualquiera que sea, la de un ministro o la de un obispo, pretenda aportar alguna limitación a la libertad de cualquiera, y se verá cómo se yerguen cual un solo hombre todos los intelectuales, para protestar en nombre de la defensa de las libertades. Hay en ello como una especie de complicidad que me parece como una traición por parte de los intelectuales, en la medida misma en que tienen una responsabilidad ante la sociedad», dice el cardenal Daniélou.

Y su pronóstico se ha cumplido muy recientemente cuando el ministro y académico M. Druon pretende negar subvenciones estatales a aquellos que las mendigan llevando «una escudilla en la mano y un «cóctel Molotov» en la otra».

En cualquier caso, parece que los católicos y el Estado católico tienen derecho a repudiar el liberalismo, como el cardenal Daniélou, aunque lo amparara la mayoría de los obispos españoles, que, por sí sola, no es el Magisterio infalible de la Iglesia.

¡POR SU PARROCO, CONTRA LA GUERRILLA DE LA INFESTACION!

TAFALLA, LA PRIMERA EN DEFENDERSE...

Reproducimos de «El Pensamiento Navarro» del 27 de agosto pasado:

Sobre las ocho de la tarde de ayer el pueblo de Tafalla se congregó en la Plaza don Francisco de Navarra para pedir amparo al Ayuntamiento frente a la medida que se dice ha adoptado el arzobispo de remover de su Parroquia de Santa María al reverendo don Tomás Miquele.

A primeras horas de la tarde corrió una noticia por el vecindario, según la cual el Arzobispado está insistiendo y parece dispuesto a llevar a la práctica la medida que ya intentó adoptar antes, de remover a don Tomás Miquele de la citada Parroquia para trasladarlo a otra de Pamplona.

Entre el público cuajó la idea de aprovechar la ocasión de que se reunía el Ayuntamiento en sesión ordinaria, acto señalado para las ocho de la tarde. Los tafalleses fueron llegando pacíficamente al Ayuntamiento, llenaron los pasillos, la doble escalera y una gran parte de la plaza.

La sesión municipal era de rutina y terminó rápidamente. El público, de manera respetuosa, buscó la persona que pudiera representarle en su petición al Ayuntamiento. Y en seguida señalaron a don Lorenzo Ainzúa, impresor, que en la anterior legislatura fue teniente de alcalde.

Este señor, con todo el respeto, pidió la venía al señor alcalde para exponer la moción del público congregado. El señor alcalde le autorizó a hablar y el señor Ainzúa pidió que constara en acta, fuera de los asuntos del orden del día, el hecho de la manifestación popular por la que se pedía que el Ayuntamiento recogiera el sentir del pueblo tafallés en favor de don Tomás Miquele y que asumiera la representación de la ciudad para dirigirse a la autoridad eclesiástica con la súplica de que revoque su decisión de remover al señor párroco. Insistió en que no se trata de personalizar, sino de hacer justicia al sacerdote que cumple con todo celo su ministerio, tanto en su doctrina completamente ortodoxa como en su celo por los problemas de carácter espiritual y material de los tafalleses.

El señor alcalde sometió la petición a la deliberación de los señores concejales, y todos ellos, sin ninguna excepción ni vacilación, votaron a favor de la moción popular.

El origen de la manifestación de ayer es ya viejo. A Tafalla vino destinado un equipo de sacerdotes jóvenes que exponían ideas muy desacordes con lo que es el sentir católico del pueblo tafallés. A propósito de sus opiniones sobre la devoción a la Santísima Virgen de Ujué, que en Tafalla es milenaria, y que se mantiene con el mismo vigor de siempre, así como de la devoción, a San Sebastián, el Santo Patrono de la Ciudad, de sus predicaciones, con frecuencia ajenas a lo religioso y marcadamente políticas, de su insistencia sobre la absolución colectiva, especialmente a niños de Primera Comunión, el pueblo tafallés se llenó de preocupación ante el riesgo que esto entrañaba para su fe de creyentes.

Don Tomás Miquele convivía con ellos. Durante mucho tiempo la gente fue observando que don Tomás Miquele, pese a guardar las apariencias de buenas relaciones con ellos, se conducía de modo muy distinto. Exponía buena doctrina, permanecía largas horas en el despacho parroquial a disposición de los visitantes, visitaba a los enfermos, permanecía horas en el confesionario y, en general, conocía a fondo los problemas de sus feligreses. Además siempre era identificado como sacerdote, puesto que vestía como tal. En una palabra, gozaba del cariño, del respeto y reconocimiento de toda la feligresía.

Pero la discrepancia entre el señor párroco y estos sacerdotes hasta hace algún tiempo latente, un día se hizo manifiesta. Cuando todo el pueblo suponía que esos sacerdotes saldrían de Tafalla, circuló la noticia de que quien salía era el párroco. Parece ser que pidió el traslado forzado por las circunstancias. El pueblo pensó que no debiera hallerse llegado a esa situación. El remedio era el remover a los coadjutores, quienes ni siquiera se acercaban a la Parroquia ni a decir misa ni a confesar.

Una comisión de feligreses visitó al arzobispo pidiendo que no trasladara al párroco. El señor arzobispo les recomendó tiempo para la reflexión y para darles contestación. Como no recibían respuesta, le escribieron cartas rogándoles que decidiera y tampoco hubo respuesta.

Subió una segunda comisión con muchas personas representativas, entre las que figuraba el señor alcalde. No se hallaba el señor arzobispo en Pamplona y fueron recibidos por su obispo auxiliar. La conversación fue de tono desagradable y los comisionados volvieron disgustados. En esta conversación el señor alcalde le planteó la posibilidad de una alteración de orden público, porque la juventud estaba muy irritada y era de temer que en la víspera de las fiestas, con motivo de la Salve que se celebra tradicionalmente, explotara la irritación. La solución del problema siguió en suspenso. Después corrió la voz en Tafalla de que el señor arzobispo había prometido dejar a don Tomás Miquele en su parroquia y trasladar a los coadjutores. Hace poco falleció uno de ellos en el extranjero y el asunto parecía aplacado. Sin embargo, ayer, al rumorearse en la ciudad de que el día nueve de septiembre era el último del plazo concedido a don Tomás Miquele para permanecer en Tafalla, la población hizo causa común y se lanzó a la calle en favor de su párraco. Don Tomás Miquele tiene treinta y ocho años. Es, por tanto, un cura joven y con la cabeza sentada.

Estos son los hechos y su explicación. Tafalla ha dado las primeras muestras de su temperamento. Ayer nos dijeron algunos tafalleses que en otros puntos de Navarra van a pasar cosas semejantes, puesto que esperaban que Tafalla fuese el campo de experimentación. Tafalla, que es un pueblo muy respetuoso de la libertad ajena y poco dado a inmiscuirse en la esfera de los demás, tiene un fino instinto religioso y en esta ocasión ha dado vivas muestras de ello.

La manifestación de ayer fue muy correcta, muy pacífica. Algunas gentes destacadas de Tafalla que conocen las reacciones de su pueblo desde antaño, aseguran que la capacidad de esta ciudad para formar entre todos una piña es muy grande.

En todas partes cuecen habas... ¡Vean en Chile!

Escribe y comenta Petrus, Sacerdos Christi

Creo que deben de quedar pocas personas que ignoren la felicidad en que viven sumergidos los súbditos chilenos, desde el «momento feliz» en que, gracias al «pucherazo» que ahora se ha descubierto del acreditado «SUFRAGIO UNIVERSAL», y con ayuda y bendición de las altas jerarquías de la Iglesia que, además, celebraron el éxito del triunfo de sus ideales, con el canto triunfalista de un «Te Deum». Tengo a la vista el diario chileno «El Mercurio», de fecha 12 de agosto del presente año 1973, y en su página 12 trae un artículo firmado por el señor Patricio Silva Riestra, que, por cierto, es un buen amigo del autor del presente artículo y le visitó recientemente, por el cual se demuestra, hasta la evidencia, que los señores «progresistas» han progresado tanto en su actuación, que no hacen más que repetirse, con una monotonía fatigante y que, en los lugares más distantes de la geografía, cuales son España y Chile, obran, hablan y se comportan de la misma manera y consiguen, a la postre, los mismos resultados. Lo malo es que, ni en vista de los «éxitos» estruendosos que consiguen, ninguno de los encumbrandos se retira, ni entre los políticos ni entre los religiosos. Antes había, por lo menos, el pudor de dejar el paso a otros cuando se fracasaba. Ahora, no. Véase, en lo político, a un Castro y a un Allende. Y en el terreno religioso puede escoger cada uno los ejemplos que le parezca.

Pero pasemos ya a transcribir el artículo de referencia y sea el autor chileno el que escriba por mí:

«¿LA IGLESIA CATOLICA EN CRISIS?

«No sé si los católicos se han dado cuenta, de una manera cabal, de la tremenda abominación en que está sumergida la Santa Iglesia Católica. Un hecho es cierto, que, bajo cualquier aspecto que se mire la doctrina católica, se llega a la conclusión de que, en el orden temporal, la doctrina católica es la única verdadera, permanente, inalterable e irreformable. Siendo esto así, también nos damos cuenta de que la revolución, en la Iglesia Católica, es de una negativa de inmensa importancia y un avance, dentro de ella misma, de sus propios enemigos, por haber conseguido recluir en el orden privado y personal sus creencias, y con esta limitación privar conscientemente a Cristo Rey de su derecho indiscutible de orientar la vida espiritual y social de los pueblos, y así, Dios nos hace ver que El sigue enseñándonos cuál es el camino seguro de la paz y prosperidad, que no tenemos allí donde la sociedad ha dejado de ser cristiana y, por lo tanto, desligada de ese orden temporal que la doctrina católica implica. Es por esto que los cacique, ante nuestra vista, suceden y luego archivarlos, «dejando hacer», sin impedir que los dogmas sean atacados, incluso desde el interior de la misma Iglesia. Con todo, no es cosa de asombrarse de la proscripción de los veinticinco cardenales, a los que *se ha excluido* del futuro Cónclave, con pretexto de la edad. Tampoco hay que asombrarse de que el «soplo del espíritu», la «nueva era de la Iglesia», la «renovación y la actualización», se hayan empeñado, primero en tolerar y, a continuación, en proclamar el optimismo más injustificado, por los frutos del reformismo presente, para justificar, con esta actitud de reformismo constante, la teoría de que ya no son operantes las condenaciones, ni siquiera la disciplina canónica más elemental. Es así como contemplamos que los templos, CASAS DE DIOS, se conviertan en lugares de concentración para la protesta y la actitud subversiva. Es así como aparece, en esta hora de tenebrante dolor que nos ha tocado vivir, la abominación desoladora de que nos habla Daniel. Porque hemos sido testigos de la pasividad escandalosa ante el Cisma holandés, la demolición del Santo Oficio, que era la muralla de granito donde se estrellaban los embates de los demoledores; hemos sido testigos de la derogación del juramento antimodernista para los sacerdotes: también hemos tenido que presenciar la despiadada destrucción de los tesoros litúrgicos; hemos sido testigos de la «luteranización» de la santa misa, del sacramento del bautismo, del homenaje a Lutero, de la destrucción de la vida religiosa, del constante nombramiento para obispo de sacerdotes jóvenes «de la nueva ola». Estamos en la abominación del lugar santo, con el nuevo «arrianismo», que nos ha sido impuesto, tan cautelosamente que pocos sacerdotes lo han captado. Yo no soy sacerdote; pero fui uno de los primeros que levanté la voz para protestar por la forma como obligan a los fieles a recitar el Credo. El altar ha sido sustituido por la mesa del ágape comunitario, para en vez de comunicar con Dios, para que puedan los que antes actuaban como sacerdotes presidir la «asamblea», que lo es todo, y dar máxima importancia a la «liturgia de la palabra», aunque convertida en charlatanismo sociológico, en vez de medio de llevar a los fieles la verdadera Palabra de Dios. También nos han hecho testigos de cómo convierten a los fieles católicos en herejes, en forma tan declarada que parece que ignoraran que, en el Concilio Ecuménico de Nicea, fueron condenados, *como heréticas*, las palabras DE LA MISMA NATURALEZA que el Padre. La fórmula aprobada fue CONSUBSTANCIAL CON EL PADRE. Asimismo, hemos sido testigos de cómo, al principio de la misa, se confiesan con los hermanos en vez de confesarse a Dios, por medio de la Virgen Santísima y de los santos, amigos de Dios.

Han aprovechado su tiempo, mientras los pastores dormían, y, ahora, a la vista está el «nuevo arrianismo», que proclama que Cristo no es Dios. Que el bautismo es simplemente protestante; que la extremaunción ha pasado a ser la «unción» o el «sacramento de la tercera edad»; ya no existe el matrimonio, que es, ahora, la «celebración del amor». La Santísima Eucaristía es, al presente, el «ágape comunitario». Todo esto nos indica que la Iglesia católica está en crisis. Y sólo la oración, la penitencia y la vuelta a la tradición pueden defenderla del arrianismo, que pretende su destrucción interna, en combinación con los agentes clericales comunistas, infiltrados en ella. Hay una esperanza: la vuelta a la Misa Tridentina, Latina, de San Pío V, y a la verdadera devoción a María Santísima, Señora del mundo y Corredentora del género humano, a la vez que Medianera Universal de todas las gracias. Es indispensable que el mundo medite el contenido de las revelaciones trascendentales de Lourdes, de Fátima, y no citamos otras sobre las cuales no se ha pronunciado aún la Iglesia Santa. Y también tendría que ser objeto de meditación el Apocalipsis de San Juan.

Es la Iglesia obra divina, que perdurará por los siglos de los siglos, según divina promesa: «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos...» «Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.»

PATRICIO J. SILVA RIESCO.»

Este es el contenido del artículo, que puede aplicarse a cualquier país. También a España. La orientación, los procedimientos y los resultados son, en todas partes, los mismos. La única diferencia consiste en el espacio de tiempo que ha de transcurrir en cada país para llegar a los mismos resultados. Y para que los que han facilitado el triunfo de los enemigos de Dios y del género humano, se encuentren a nuestro lado víctimas de los mismos verdugos que fueron sus aliados y amigos. «Que no es necesario el traidor... siendo la traición pasada.»

¿AUTO-EXCOMUNION?

Por SIMPLICIO

Hoy, 31 de agosto, acabo de leer en la prensa el «*duro*» discurso de ayer del Papa sobre la contestación en la Iglesia. En efecto, habla claro. Y como no es la primera vez..., ¡cómo estará el patio!

Dado el tono amargo, severo y desusado de esta última alocución, no dudo que habrá aparecido en todos los rotativos sin excepción, si bien con titulaciones y extractos distintos, según la «mentalidad» y «criterios» de cada periódico y de cada revista, profana o religiosa. Tales los habrá por ahí cuyos lectores apenas habrán caído en la cuenta de la alocución; por lo menos, de su significación y trascendencia. Directores de revistas religiosas habrá que se pregunten molestos y «sorprendidos»: ¿Pero dónde están esos contestatarios? ¿Quién los ha visto, como no sea en la Hermandad Sacerdotal? No sería la primera vez en formularse semejantes preguntas en casos similares.

Supuesto que una gran mayoría de los que asiduamente leen la prensa habrán tropezado con esta más reciente voz de Pablo VI, no vamos a transcribir ni comentar. Los lectores ya están servidos. Pero hay un punto que a nosotros nos ha llamado la atención de modo particular y que no queremos silenciar. Acusa el Papa a los contestatarios de *abolir toda hipótesis de CISMA o AUTO-EXCOMUNION*. Es decir, que habrá contestatarios que podrían o deberían considerarse cismáticos y excomulgados sin mediar contra ellos expresa y nominal sentencia declaratoria por parte de la Jerarquía. Pero ¿habrá uno solo que se autoexcomulgue? Ni uno. No lo ha habido nunca ni lo habrá. Esos contestatarios están archiconvencidos no de contestar, sino de llevar toda la razón. No se apearán. Así han sido siempre todos los herejes; salvo excepciones, si las hay; las cuales no cuentan para otra cosa que para confirmar la regla. En otros tiempos no había más remedio que fulminar la excomunión, gracias a la cual algunos volvían al redil; si no, aún estarían excomulgados. Pero hoy esas vueltas, que tanto gozo causarían entre los ángeles de Dios, no cuentan. Sólo parece preocupar el efecto contraproducente (?), la rebelión exacerbada del excomulgado, como si ya no viviera en rebelión, provocándola en cadena mientras no se le anatematice. ¡Considerarse uno cismático por propia cuenta! Admitamos la hipótesis de autoexcomunión, pero no nos quedaríamos en eso, en *pura hipótesis*. De tesis, nada. ¿Se consideró cismático Lutero? ¿Se considera cismática la Iglesia Ortodoxa? Es ella, señores, la que considera cismática a la romana.

Es el caso de la auto-azotaina de Sancho para el desencanto de Dulcinea. ¡Ya! Sólo cuando tuvo seguridades de cobrarse a buen precio y en buenos ducados se resolvió —con trampa y cartón— a hacer la prueba; con cuatro o cinco azotes, nada recios, tuvo bastante para sustituir sus posaderas por las cortezas de los árboles, sobre las que en tres sesiones descargó los tres mil y tantos azotes señalados por Merlín, dados con furia endiablada y acompañada de unos ayes como para partir las piedras. Bueno estaba él para azotainas, y bastante le importaba que Dulcinea quedase encantada hasta el fin del mundo.

Paciencia y barajar, dicho sea con todos los respetos. Ya pasará la mala racha. Entretanto, confíese en otros arbitrios y recursos. Por la auto-excomunión jamás desencantaremos a nuestra «Dulcinea».

DIALOGOS ENTRE EL "DESFASAO" Y EL "DESPISTAO"

¿Hacia la destrucción temporal de la Iglesia?

Por INOCENTE DE LA CASA

—Yo creo, desde luego, que si la Iglesia española, en lo temporal, no vuelve a la Casa del Padre, nos deja huérfanos a todos.

—En efecto. ¡Como dejó en otros pueblos a cientos de millones de fieles!

—Bueno, no exagere usted...

—¡Recuerde, hombre! El cardenal Ottaviani estuvo en Madrid hace más de doce años y puso de resalto, una vez más, la fortaleza que acusa la nación española, y lo legítimamente que ha conquistado el título de «baluarte de la cristiandad del Occidente». Refiriéndose a nuestra guerra de Liberación, dijo el insigne príncipe de la Iglesia:

«España arrojó de su propio suelo a las hordas devastadoras de todo lo cristiano y de toda dignidad y libertad humana. Diré más: el Occidente cristiano —no sólo España— se benefició de aquella gesta heroica, salvándose de la amenaza de esclavitud que venía de Oriente... Fue la vuestra, por tanto, una santa Cruzada que frenó en Occidente el ímpetu arrollador del marxismo.»

Dijo más su eminencia el cardenal Ottaviani. ¡Oiga, oiga!: «Habéis resistido —afirmó— a quienes querían arrancar de vuestros corazones a Cristo, de vuestras tierras la Cruz... Muchos, aún hoy, no quieren reconocer este mérito; pero os lo ha reconocido siempre la Iglesia. Sí, la Iglesia os está agradecida, pero quiere de vosotros más, *espera de vosotros cosas mejores.*»

¿Se entera usted, amigo? La Iglesia espera de nosotros cosas mejores... ¿Es que no lo entiende usted?

—¿A qué cosas mejores se refiere el cardenal Ottaviani?

—Exhortó, sin duda, como no puede ser por menos, a unos llamados «católicos progresistas» y a unos sedicentes demócratas cristianos de izquierda, quienes desviándose del camino y sembrando la confusión, se manifestaban, ya hace doce años, demasiado blandos a las tentaciones de Satanás, si es que ellos mismos, más que los tentados, no son los tentadores.

—¡No sea usted bárbaro! ¿A qué viene esa sospecha temeraria?

—¿Temeraria mi sospecha?... Recuerde usted que Rodolfo Llopis, socialista y masón, marxista y ateo, fue quien arrancó, cuando era director general de Primera Enseñanza bajo la República, los crucifijos de las escuelas y quien prohibió a los niños que conociesen, que amasen a Cristo.

Pues bien, ese Llopis, con su jefe Indalecio Prieto, venía alardeando —cuando nos visitó Ottaviani— de haber pactado un programa de acción política revolucionaria —en Munich— con unos católicos «independientes» y unos demócratas cristianos de izquierda... Fueron «esas cosas», sin duda, las que al cardenal Ottaviani le impulsaron a manifestar su esperanza de que algunos incontrolados elementos hicieran «mejor las cosas».

—¡Bah! A usted, de siempre, todos los dedos se le han hecho huéspedes! ¿Va usted a hacer caso de las paparruchas que divulgan por ahí nuestros consecuentes y desastrados enemigos?

—¡Está usted equivocado! A esas paparruchas hay que atajarlas, aplastarlas en su iniciación, porque como nos demuestra la Historia contemporánea, por esas paparruchas se inició en muchas naciones de Europa y en alguna del Nuevo Mundo, el temporal derrumbamiento de la Iglesia católica y el satánico triunfo del marxismo y de la masonería.

Dando por sabido esos desastres, que están en su espantable apogeo, ¿quiere usted que pasemos una rápida revista a lo que le aconteció a la Iglesia en bastantes naciones de Europa, por no haber los católicos resistido a las tentaciones y por haber claudicado políticamente?

¡Verá usted!... Aquí tengo un montón de notas. ¡Agárrese! Vamos a ir leyéndolas. Tome éstas. Alternemos en la lectura...

—¡Venga! Empiece usted.

—Aunque lo de Rusia sea archisabido, conviene recordarlo. Rusia, de 1917 a 1926, tenía 27 abispos. En 1934 estaban todos en prisiones, deportados o exiliados.

Desde 1917 hasta 1941, 295.000 sacerdotes de todas las confesiones fueron asesinados, deportados, encarcelados o murieron en campos de trabajo. En el mismo período de tiempo, 70.000 iglesias y capillas fueron destruidas o cerradas en el territorio de la URSS.

Rusia, que es el imperio del Anticristo, va extendiendo sus tentáculos al través de sus agencias y activistas políticos, aparentemente innocuos, pero efectivamente demoledores. Veamos lo que hasta ahora lleva demolido:

—En Albania había cinco diócesis, un administrador apostólico, un abate *nulius*. Pues bien, tres obispos fueron fusilados. En 1946 fue expulsado el nuncio; 32 sacerdotes fueron encarcelados y 15 asesinados.

En 1948 se elimina todo el Episcopado. En 1951, el Gobierno establece una Iglesia católica nacional albanesa, sin obediencia al Santo Padre. Treinta y cinco sacerdotes más son asesinados. Los seminarios, instituciones y casas religiosas, son clausuradas definitivamente.

—En Bulgaria existía una diócesis, un exarcado, un vicario apostólico. El vicario apostólico de Sofía murió en prisión. El obispo monseñor Bossilkoff fue condenado a muerte, conmutada luego por la prisión perpetua. En 1945 se dieron auténticas batidas contra los clérigos nacionales y extranjeros. Se cerraron todos los colegios religiosos, se confiscaron todos los bienes de las iglesias y de las Ordenes religiosas. En 1949 la Asamblea Nacional búlgara aprobó una ley obre Confesiones Religiosas, encaminada a la abolición radical del catolicismo.

—En Hungría, el 4 de abril de 1945 el nuncio apostólico es expulsado. Al año siguiente quedan prohibidas todas las asociaciones católicas. En 1947 se ataca la enseñanza religiosa, se prohibe el catolicismo en las escuelas. En 1948 se trata de introducir el laicismo en la juventud, arrancándola de toda influencia de la Iglesia. El 26 de diciembre de 1948 es arrestado el cardenal Mindsenty al defender la libertad de la Iglesia y condenado el 3 de febrero de 1949 a trabajos forzados por «alta traición», espionaje, atentados a la seguridad del Estado y tráfico ilícito de divisas. En 1950 buscan un *modus vivendi* con la Iglesia Católica. En 15 de mayo de 1951 se creó un Servicio del Estado para los Servicios Religiosos, según las bases rusas, y es presidido por uno de los peores enemigos de la Iglesia. En 1956 sobrevino la insurrección. Encarcelamiento de sacerdotes seguido de fusilamientos. Lo mismo que con los estudiantes y sus maestros... Ultimamente, el diario «Nepszava», de Budapest, afirmaba que el catolicismo todavía da señales de vida y que es menester intensificar la campaña del ateísmo, acentuándolo en las escuelas.

—En Yugoslavia, 430 sacerdotes fueron fusilados. El cardenal Stepinac murió en el destierro. Un obispo fue asesinado. Otro prelado murió en la prisión. Otro murió en el destierro. Dos obispos más fueron desterrados.

En los días de la *liberación*, 400 sacerdotes fueron fusilados, quinientos fueron desterrados para no volver y más de un millar de sacerdotes fueron metidos en las cárceles.

Como usted sabe, Yugoslavia es de las naciones «neutrales».

—En Rumania murieron en prisión cuatro obispos. Ya en 1946 los comunistas trataron de enrolar al clero ortodoxo en la Unión de Sacerdotes Demócratas, y luego, en 1948, a los católicos de rito oriental los llevaron por la fuerza a la Iglesia ortodoxa romana. Y bajo el pretexto de «Lucha por la Paz», se intentó sembrar la división entre los católicos de rito latino.

Más de mil sacerdotes murieron, desaparecidos o condenados. De 3.795 iglesias y capillas que había en Rumania, no quedaron abiertas más que 700. Todas las instituciones católicas de enseñanza y de beneficencia, así como los conventos, fueron incautados y declarados propiedad del Estado.

—En Polonia existían 24.055.000 católicos. Y para ellos, 24 diócesis, un exarcado. Nueve obispos estuvieron en prisión junto con el cardenal Wyszynski, arzobispo de Gniezno y Varsovia, desde el año 1953 al 1956; tres de esos obispos murieron en la prisión y cuatro fueron deportados a Siberia. En 1957 fueron consagrados veinte nuevos obispos auxiliares. En 1960 el obispo de Kielce, monseñor Kaezmarek, fue obligado a abandonar su diócesis.

El 14 de septiembre de 1945 había sido denunciado el Concordato. El día 17 de noviembre un sacerdote apóstata era nombrado ministro de Propaganda. En 1946 comenzó a hacerse una campaña pro creación de una «Iglesia Nacional Católica».

Después de las elecciones de enero de 1947 se buscó eliminar la Iglesia Católica de la vida pública y se introduce el laicismo en las escuelas; se trata de separar a los fieles de la jerarquía y del clero. En 1948, 400 sacerdotes son hechos prisioneros y llevados a un campo de concentración.

El 14 de abril de 1950 el Episcopado y el Gobierno publican una «declaración común», con garantías contra las futuras violaciones de la Iglesia. Sin embargo, nada se cumple. Por el contrario, el 3 de julio se cierran y se ocupan los seminarios y las instituciones religiosas. Obispos y sacerdotes son detenidos y comienzan los procesos.

El cardenal Wyszynski es destituido y relegado. No será libertado hasta 1956, bajo el Gobierno Gomulka.

En Checoslovaquia, Estonia, Letonia y Lituania, la guerra feroz y sangrienta contra la Iglesia Católica, su Jerarquía, su clero y sus fieles, se desarrolló y desarrolla implacable...

—Pues, bueno, conviene destacar que en todas esas naciones, si los gobiernos satánicos pudieron establecerse para realizar su obra demoledora de la Iglesia y del catolicismo fue porque en sus trabajos premonitorios encontraron la colaboración de unos católicos «independientes», de unos democristianos de izquierda, que cuando no se comportaban como herejes frenéticos, se conducían como memos o como bobos...

No olvide nadie el consejo evangélico: «Seamos sencillos como palomas, pero cautos y prudentes como la serpiente»...

Mi libro

Por José María PEREZ, Pbro.

Estas en medio de un aposento cerrado, y por poquito que abras la puerta o la ventana o por cualquier resquicio, por una teja quebrada o por una vidriera, se cuela un escurridizo rayo de sol.

Pues así, el Sol de Justicia, Cristo Jesús, por cualquier vía que le des entrada: por uno a quien ves morir, por una buena conversación o por un sermón, por una limosna que hagas..., luego se te mete en el corazón. Bien nos dijo, al subir al cielo: «Yo estaré con vosotros hasta el final de los tiempos» (Mateo 28, 20). Y la Sabiduría canta: «Recreándome en el orbe de la tierra, siendo mis delicias los hijos de los hombres» (Proverbios 8, 31).

No hay oficio, no hay estado, no ocupación alguna que no halles cerca de ti a Jesús. A los discípulos de Emaús, que eran caminantes, se les aparece como caminante. El Maestro se halla en el templo como maestro. Los que pescaban, como pescador lo encuentran. Y el buen ladrón, como ladrón en la Cruz. Y la Magdalena le busca, como hortelano, y la samaritana, yendo por agua, en la fuente...

Búsquele, pues, cada uno en su oficio. Abrele tú una rendija en tu corazón y déjale entrar, que te llenará de alegría y amor: «Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oyere mi voz y me abriere la puerta, entraré en su casa, y con él cenaré, y él conmigo» (Apocalipsis 3, 20).

● Estando para morir San Felipe Benicio con insistencia pedía a sus hermanos de religión que le trajesen su libro.

—Dadme mi libro, dadme mi libro...

Y no acertando los religiosos con el libro que deseaba, lo pedía él con más empeño. Hasta que por fin le entregaron un crucifijo. Y lo recibió el santo con lágrimas de ternura, exclamando:

—Sí, éste es mi libro; en él he leído toda mi vida, y con él quiero morir...

¿Cabe manera más eficaz de abrir el alma a Jesús? «Y yo, cuando fuere levantado de la tierra, atraeré a mí a todos» (Juan 12, 32).

● Al ser admitido el hoy San Lorenzo de Brindis en el convento, en la primera entrevista que tuvo con el padre prior de los capuchinos: éste le fue poniendo ante la vista las mortificaciones de la Orden: comer pobremente, dormir sobre una tabla dura, etc. Y le exhortaba a que se volviese a casa, puesto que perteneciendo él a una familia noble, no podría sobrellevar tales mortificaciones.

—Padre mío —le respondió aquel joven—, en mi celda, ¿tendré un crucifijo?

—Lo hallarás en tu celda, y en todos los claustros del convento.

—Entonces, padre, abridme la puerta.

Con un crucifijo ante los ojos, ¿no podrá sobrellevarlo todo el cristiano? Claro ejemplo el de San Lorenzo de Brindis y de tantos otros santos que pudiera aquí aducirte, lector pío.

● Un legionario, que era practicante de un hospital de sangre durante la Cruzada española, refiere lo siguiente:

Nací en Marruecos, de padres israelitas. Me dediqué al boxeo. Viajé por Europa y América. Ingresé en la Legión. Y en un combate muy sangriento de esta guerra cayó junto a mí, mortalmente herido, un joven de diecinueve años, un voluntario, un valiente. Bien pronto comprendió él que estaba gravísimo y que tardarían en poderle recoger.

—Un crucifijo —empezó a decir—, que me traigan un crucifijo...

No había allí crucifijos; ninguno podía ayudarle. Y él seguía pidiendo; pero su voz se debilitaba, se iba en la sangre... Ya no pedía un crucifijo, pedía una cruz. Yo le oía vivamente impresionado:

—Una cruz, una cruz...

Y al fin me dijo un oficial.

—Anda, busca unos palos, haz una cruz, y dásela.

Yo, judío, formé una cruz con dos ramas y la puse en sus manos...

¡Momento aquel para mí inolvidable! El muchacho la besó, y al poco tiempo moría dulcemente.

● Se me gravó honda en el alma aquella escena, y en la paz de la noche y en las siguientes pensaba yo: ¿No ha de ser verdadera una Religión que tanto valor da a los hombres? ¿Una Religión que, ante la muerte, no inspira otros deseos que el besar la cruz de su Dios?

Busqué al capellán, y me instruí... Pedí el bautismo. Y soy católico, gracias a un joven que supo morir como tal.

● ¿No es verdaderamente el libro del cristiano la santa cruz? Como nos enseña el catecismo, la señal del cristiano es la santa cruz, y es la señal del cristiano porque murió en ella Jesucristo para redimir a los hombres.

Por eso hacemos con frecuencia la señal de la cruz: a fin de manifestar ante el mundo que somos cristianos, y para pedirle a Nuestro Señor, Jesucristo, que por ella nos ayude en nuestras necesidades y nos libre de los peligros de alma y cuerpo.

Como bien sabes, usamos de la señal de la cruz de dos maneras, que son: SIGNARSE Y SANTIGUARSE. Signarse es hacer tres cruces con el dedo pulgar de la mano derecha. La primera en la frente, diciendo: *Por la señal de la santa cruz.* La segunda en la boca, diciendo: *De nuestros enemigos.* Y la tercera en el pecho, diciendo: *Líbranos, Señor, Dios nuestro.*

Y santiguarse es hacer una cruz con la mano derecha desde la frente al pecho, y desde el hombro izquierdo al derecho, diciendo: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.*

● Y como también aprendiste, conviene hacer la señal de la cruz principalmente: al levantarte, al salir de casa, al entrar en la iglesia, al empezar el trabajo, antes de comer, al acostarte y, sobre todo, al verte en alguna necesidad, tentación o peligro.

Resumiendo, pues, con la señal de la cruz confesamos nuestra fe en el divino Salvador crucificado, y en Dios trino y uno, al propio tiempo. Y la forma de la cruz tráenos a la memoria aquella otra, en que por nosotros murió Jesucristo para redimirnos y salvarnos.

¿Y no es así que la repetición, por tres veces, de la misma cruz con las palabras del santiguarnos nos recuerdan el misterio de la Santísima Trinidad? ¿Y no es la señal de la cruz en cierto modo el resumen de nuestra Religión cristiana?

● ¡Mi libro! Fíjate bien, quepasense amigo, en aquella invitación que nos hace a todos Jesucristo: «Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y venga conmigo» (Mateo 16, 24).

¿Qué significa esto? Que para poder seguir a Jesús, como fiel discípulo suyo, menester es renunciarse. Como renunció El a todo por nosotros con el sacrificio de la cruz. «Y sin efusión de sangre no se da remisión» (Hebreos 9, 22).

● Y pregunto ahora, antes de acabar: ¿Cuál debe ser el modo cristiano de llevar la cruz? Leo que un religioso, gran siervo de Dios, le suplicó a su Divina Majestad que le revelase cuál es el servicio que le es más acepto. Y tras muchos ruegos y oraciones, se le apareció Jesucristo llevando una grande cruz a cuesta, y le dijo:

—El mejor servicio que puedes prestarme es ayudarme a llevar esta pesada cruz...

Entonces preguntó el buen religioso, cómo podría con El llevar la cruz a cuestas. Y le contestó Jesucristo:

—Podrás llevar mi cruz en el corazón, meditando devotamente sobre ella, y en la boca, dándome gracias por haberte redimido, y en los oídos, haciendo como que escuchas el ruido del martillo que hundió los clavos en mi pies y manos, y en las espaldas, mortificando la carne...

Y aquel piadoso religioso dio gracias a Nuestro Señor, y procuró en adelante emplearse en el referido servicio.

● ¿Cuál era la predicación del apóstol San Pablo en Corinto? Escúchale: «Y yo, hermanos, al venir a vosotros a anunciaros el testimonio de Dios, no vine con ostentación de elocuencia o de sabiduría. Porque me propuse no saber otra cosa entre vosotros, sino a Jesucristo. Y Este crucificado» (I Corintios 2, 1-2).

¿De dónde sacaban el tesoro de la ciencia los santos? San Buenaventura, a la pregunta instante de su amigo, Tomás de Aquino, el cual deseaba saber de dónde sacaba el caudal de su ciencia sublime, respondía mostrándole el crucifijo:

—El es el gran libro, y Jesús el gran Maestro.

Per crucem ad lucem! ¡Por la cruz al cielo!

● Todo en Jesús crucificado nos dice sufrimiento: vino a redimirnos, y eligió como medio para hacerlo el dolor. ¡Bendito dolor de Cristo! Fue para nosotros mina riquísima de perdón, de gracia y de enseñamiento celestial.

Al mirar el crucifijo debes oir a Jesús que te dice: ¡Mira cómo te he amado! ¿Podía hacer algo más para demostrártelo? Y el corazón se te inflamará en anhelos vivísimos de pagar amor con amor, y corresponder agradecido a quien te amó tanto.

● ¡Mi libro! La muerte de Chopin, para acabar, la cuenta el sacerdote Alejandro Jelowicki. Amigo del insigne pianista y genial compositor, le visitó unos días antes de que muriera. Y le invitó a pensar en la salvación de su alma; pero advirtió luego que los sacramentos de la Iglesia nada decían al enfermo.

Al día siguiente celebró Jelowicki una misa por el alma de su amigo, y repitió la visita. Le dijo a Chopin que deseaba pedirle algo, en recuerdo de su difunto hermano Eduardo.

—Concedido lo que me pidas.

—El alma es lo que te pido.

Miróle el enfermo con emoción:

—Te comprendo, tómala.

Cayó el sacerdote de rodillas y oró. Luego entregó un crucifijo a Chopin, el cual miró fijamente la imagen con los ojos arrasados en lágrimas. Chopin recibió los últimos sacramentos. Y consciente de su estado, fue despidiéndose de sus amigos: a todos hablaba de su felicidad. Y en los últimos momentos pronunció los nombres de Jesús, María y José, besó con gran devoción el crucifijo y terminó su vida, aquella villa llena de glorias y desdichas, con estas palabras: ¡Ahora estoy en la fuente de la felicidad!

¡Mi libro!

NUESTROS OBISPOS

Por IJCIS

1. *EL CLAMOR INNUMERABLE.*—No es ya una voz aislada de aquí y de allá que se pueda desoír sin mayor preocupación como carente de significación y de importancia. Las voces, escasas y débiles al principio, se han ido multiplicando y agrandando cada día, entrelazando sus acordes, elevando su intensidad y tono, reforzándose mutuamente en un *crescendo* impresionante hasta romper en este *clamor innumerable*, grito universal que no se apaga: porque es la reacción vital airada contra el peligro mortal más insolente cada hora, y en defensa de la propia vida: la vida sobrenatural del alma, la vida de Jesucristo y de la Iglesia, la vida de la Fe, que es la única digna de vivirse y la única por la que vale la pena morir.

Y en este clamor múltiple, la nota dominante, acorde básico de la tonalidad general, que salta a trechos con pujanza incontenible, es la del universal desacierto y la pasividad desconcertante de la actuación episcopal.

Fue ya hace algunos años, en forma directa y con toda claridad, el purpurado inglés Heenan; le siguió más tarde, de manera un si es no es ambigua y vaga, el cardenal francés Daniélou, quien compensaba la suavidad del giro gramatical con la dureza de la expresión: *asesinos de la Fe*. Estos mismos meses últimos el arzobispo argentino de Mendoza, Alfonso María Buteler Martínez, pariente cercano del famoso novelista Hugo Wast (Martínez Zubiría), les venía a decir con evangélica libertad a los obispos que eran reos de pecado grave por el grave pecado de omisión de su grave deber de maestros y defensores de la verdad, y no vacilaba en marcarlos con el sangrante estigma bíblico: *perros mudos*.

Viniendo a nuestra España, lo ha proclamado en diversas ocasiones, en varios tonos, con matizaciones distintas, pero siempre con diafanidad intergiversable la palabra insobornable de Guerra Campos.

La voz de alarma hubo de resonar, naturalmente, también en Roma.

El cardenal Seper, prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, si bien en carta particular, lamenta con pena: «¡Ay! Me parece que los obispos, que han obtenido muchos poderes para ellos mismos en el Concilio, son muchas veces dignos de censura, porque en esta crisis no ejercen sus poderes como deberían. Roma está demasiado lejos para intervenir en todos los escándalos, y se obedece poco a Roma. Si todos los obispos se ocupasen de estas aberraciones en el momento en que se producen, la situación sería diferente. Nuestra tarea en Roma es difícil si no encuentra la cooperación de los obispos.»

Y en la declaración del año pasado sobre la Encarnación y la Santísima Trinidad, como en la del año presente acerca del Misterio de la Iglesia, se urgen los NO cumplidos deberes de los pastores.

Se urgían también, de modo tanto más significativo cuanto más característica es la extremada delicadeza de Pablo VI, en su apremiante exhortación dirigida muy directamente a los obispos cinco años después del Vaticano II.

El Papa se había quejado antes de *la infidelidad de los Maestros de la Fe*; el Papa pronunció más de una vez la fatídica palabra *autodemolición de la Iglesia*, que sólo puede ser verdad cuando no sólo la mayoría de los responsables no cumple con su misión (como todos vemos que está pasando), sino cuando no faltan los que obran diametralmente contra su deber (como vemos todos igualmente que está pasando también). Aquí finca la actual crisis, que nadie (fuera de los necios y de los malvados) se recata de llamar gravísima; aquí está la clave para descubrir que —mientras no se pruebe evidentemente lo contrario— la presunción de la fidelidad a la Fe y de la pureza en la moral está, como estuvo en todas las coyunturas históricas similares, en favor de las minorías que luchan, inaccesibles al desaliento, contra la devastadora riada de la destrucción.

¡Ojo a los farsantes que baten palmas porque dicen contar con no sé qué mayorías de las asambleas episcopales! Cuando la crisis es tan aguda que ha merecido del médico superior el diagnóstico de *autodestrucción*, es justamente la minoría que reacciona la que puede salvar el organismo eclesiástico de la disolución total.

El Papa ha dicho todavía más: *que el fiel debe defenserse por sí mismo*...

2. *EL CASO PARALELO.*—Se parece nuestro posconcilio a la coyuntura tremenda del primer posconcilio de Nicea, cuando tantos obispos, la siempre tan torpemente ensalzada mayoría, cayeron, si no todos en el anatematizado arrianismo, sí en las ambigüedades y equívocos y confusiones —herejías al fin— del semiarrianismo.

Era el tiempo de las perturbadoras juntas episcopales acreedoras a las sangrientas diatribas del Santo Padre y Doctor insigne San Gregorio Naciamceno. Era el tiempo en que los campeones de la verdad íntegra sufrían burlas y calumnias y persecuciones, exactamente como ahora; si entonces se echaba mano de cualquier decreto imperial para el destierro, hoy es más fácil y sencillo y hacedero, *pero no menos cruel*, el simple recurso de una votación adversa de los nuevos herejes o semiherejes y cómplices y cobardes para el destierro moral de comisiones y conferencias...

San Atanasio fue proscrito por los emperadores y maldecido por todo el Oriente, y se hubo de esconder en el desierto «por salvar del incendio arriano la primera página del último Evangelio» (Gar-Mar).

Hoy, gracias a Dios, no le faltan sucesores que sufren penas equivalentes por parte de mayorías episcopales, por haber seguido sin claudicar las consignas pontificias en orden a la INDISCUTIBLE Ley del Celibato: por haberse opuesto a los errores de conjuntas asambleas; por no haber querido romper sagradas cartas colectivas, ni suprimir el cuarto mandamiento, ni pisotear sacrílegamente la sangre de los mártires, ni canonizar sacrílegamente a los verdugos; por haber afirmado, impávido, contra los obispos y teólogos de la Iglesia nueva, de la Iglesia posconciliar y de la Iglesia de nuestro tiempo..., que el Concilio no había cambiado la Fe que aprendimos en el Ripalda o el Astete.

La evocación del período posniceno es obligada. Ya la hizo alguna vez el mismo Daniélou. Lo hace expresamente el propio Seper en la citada carta, cual si estuviera bajo la impresión de la insólita consigna de Pablo VI, *que el fiel debe defenderse por sí mismo*: «Por mi parte, tengo gran confianza en el sentido católico, el sentido de la ortodoxia, de los laicos del pueblo... Pienso con frecuencia en el hecho de que en el siglo IV, cuando los mismos obispos, en gran número, se extraviaban en la herejía arriana, el sentido católico de los laicos no se equivocó y permanecieron ortodoxos.»

En estos mismos fieles apoya igualmente su esperanza el prelado alemán de Ratisbona.

Es precisamente un conspicuo seglar español de nuestros días quien pone admirablemente de relieve el *paralelismo preocupante* de ambos posconcilios:

«En la época en que el error de Arrio alcanzó su apogeo, quedaron grupos de fieles, monasterios, sacerdotes y algunos obispos aislados que conservaron incólume la ortodoxia; pero que se encontraban (igualmente a lo que ocurre a los que actualmente quieren resistir al neomodernismo) desamparados frente a una jerarquía doctrinalmente corrompida y frente a grupos activos de *teólogos aggiornados* que disponían de la complicidad y ayuda de esta jerarquía y de los poderes civiles... San Atanasio, solo, rodeado de enemigos declarados o encubiertos, no claudicó nunca ni frente a halagos ni amenazas; perseguido por la jerarquía oficial de la Iglesia, supo distinguir los límites de sus atribuciones, y negarse a seguirla cuando por debilidad o por *espíritu ecuménico* se lanzaba por la senda de la ambigüedad y la claudicación frente al *espíritu del mundo moderno*... Ahora los que luchan contra la autodemolición de la Iglesia se encuentran también frecuentemente solos frente a una opinión general que les tacha de retrógrados o de integristas; pero como el verdadero progreso de la Iglesia consiste en el aumento de sus santos, ahora más que en tiempos de San Atanasio, los defensores de la ortodoxia están apoyados por la Iglesia triunfante: que si San Atanasio tenía detrás de sí tres siglos de fe, nosotros tenemos diecinueve.» (Julio Garrido, en «Roma», marzo 72.)

3. *LA SALUDABLE DESCONFIANZA.*—Pocos síntomas, o quizá ninguno, más indicadores de la buena salud espiritual en los fieles, aquí y ahora, que la espontánea y vital reacción defensiva, o de previa reserva y prudente inquisición ante muchos de los actos y documentos episcopales.

Vamos a prescindir de las críticas de los particulares, por más que las estimemos sustancialmente válidas, como la de Juan Antonio Widow en la autorizada revista bonaerense «Roma», según la cual los obispos chilenos, en determinado documento del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal, «se han apartado de la doctrina tradicional de la Iglesia», entendiendo el término *tradición* en su rigor teológico de su verdad intrínseca, basada en la revelación garantizada por el Magisterio: «Si la Iglesia hubiese tenido verdaderos teólogos y si ciertos obispos hubiesen llevado a Roma, con ocasión del Vaticano II, la Suma Teológica en vez de sus cámaras fotográficas, no estaríamos viviendo la crisis desoladora de nuestros días»...

No olvidemos el seismo neerlandés: su Concilio Pastoral, recusado por el Papa; su escandalosa posición en el asunto del celibato, recusada por el Papa; su Nuevo Catecismo, recusado por la Comisión Cardenalicia del Papa; o ese otro «llamado catecismo, de Holanda, que no tenían nada que ver con la religión cristiana» (Seper).

No olvidemos a la *relativamente tranquila Francia*, donde con la benevolente complacencia de sus obispos los fieles (?) niegan o ponen en duda hasta diez verdades católicas (!). Esos obispos no han aceptado debidamente la «Humanae vitae»; esos obispos han publicado catecismos en que *se han traspasado los límites de lo tolerable*; esos obispos han publicado un documento sobre los judíos que, fuera de las implicaciones políticas ajenas a su misión, incurre en claro desviacionismo doctrinal y ha tenido que aguantar las justicieras réplicas de otros obispos y de los fieles, *fieles*.

Caen en los errores de nuestros *judaizantes* Llanos y Pérez Lozano y de esos otros sacerdotes y religiosos implicados y complicados con ciertas amistades y uniones híbridas, y, como tales, estériles y monstruosas, que enfurecerían a San Pablo. No han caído en la cuenta todavía que lo que nos separa del actual pueblo judío, y lo que separó al Salvador, es la realidad INFINITA, Jesucristo, Dios y Hombre. Todo lo demás que nos une no basta a salvar este abismo infinito, que únicamente se cegará con el reconocimiento de esa INFINITA realidad, a la que providencialmente tendían todos los hilos de la religión judaica, que han quedado como en el aire, sobre el abismo, por no reconocer a Jesucristo. Todo lo demás son ilógicas (y heréticas) ficciones literarias.

Pues de los obispos españoles, señalemos telegráficamente: la danza y contradanza de la Conjunta, con la participación tan relevante de dos de «los obispos de Madrid»; el escándalo del Documento Romano, con todo lo que suponía la grave desviación doctrinal y con todo lo que descubrió de ulteriores manipulaciones y ausencias de humildad y sumisión; la pasividad intolerable ante el herético libro de Díez Alegría, que ha dejado más al descubierto la reciente declaración de la Congregación de la Fe; la turbia y desleal solución (?) del serio problema del Misal de la Comunidad; la constante protección y promoción de autores peligrosos o simplemente heréticos, y el abandono o persecución de los plenamente fieles a la Iglesia; el INCALIFICABLE proceder contra la INSOBORNABLE Hermandad Sacerdotal...

A la caza de verdades

Por M. SEMPRUN GURREA

LUCIDEZ MENTAL.—En el artículo anterior señalábamos la poca conciencia o la mucho ignorancia de los curas que *no* atienden a los moribundos ni a los que están muertos aparentemente. No queremos insistir en lo de «muerte real y muerte aparente»; vamos a fijarnos hoy en esos momentos en que el agonizante, según opinión de quienes le rodean, «ya no se entera de nada»; sin embargo, es muy probable que se esté enterando de todo, pero que sea víctima de lo que se conoce por «lucidez imposible de expresar». Sin necesidad de mímica puede estar mentalmente recitando el acto de contrición. Hay otros que, en los instantes precursores a la muerte tienen un enorme aumento de lucidez, no sólo en relación con la que tenían durante la enfermedad, sino en relación con la habida estando sanos. No son infrecuentes los casos de niños que nunca se distinguieron por su inteligencia y que, cuando están próximos a la muerte, razonan de manera muy superior a sus años o manifiestan, por pensamientos geniales, un brote inesperado de talento. Es obligación del sacerdote estar al tanto de todo ello por si se les debiera administrar los sacramentos, aunque «oficialmente» no tengan edad de uso de razón, ya que esa inteligencia demostrada puede hacerles reconocer sus culpas y desear la absolución. También hay muchos locos que ante la proximidad de la muerte curan de su alineación y no encuentran ayuda espiritual por la desidia o las ocupaciones mundanas de los ministros de Cristo que trabajan donde no debieran y no trabajan en lo que les mandó el Señor y por lo que les va a pedir cuentas.

Esta especial iluminación puede ser debida a una gracia de Dios o al proceso normal de separación de alma y cuerpo, que se va efectuando gradualmente. Es lo que anhelaba San Pablo cuando clamaba:: «¿Quién me librará de las ataduras de la carne?»

Nuestro gran Suárez creía en una gracia otorgada a la agonía en virtud de la cual el agonizante recibiría una iluminación que le permitiera percibir a Jesucristo, aunque no de manera sensible. Otra opinión es la de Inocencio III, que antes de su Pontificado había escrito que todo ser humano, a partir de este mundo, tiene una visión de Cristo crucificado. Dicha visión la interpretaba el cardenal —no era Papa todavía— como una prueba más de la voluntad redentora del Salvador. De algunos santos —entre ellos, San Francisco de Sales y el cura de Ars— se cuenta cómo consolaron a ciertas personas cuyos hijos o parientes habían muerto al parecer impenitentes con esa seguridad de que, a última hora, tendrían ocasión de ver más claro y podrían haberse arrepentido; sin embargo, repetimos lo ya dicho con anterioridad: este dolor puede ser sólo de atrición, pues nada obsta a que, en la visión o visiones del postrer momento aparezcan los padecimientos infernales. Insistimos en la culpa, en el crimen de aquellos que teniendo en sus manos la felicidad eterna de un hombre a quien se presume de amar, *no* se le proporcione. Un bien que no acaba, una dicha completa, una libertad sin trabas, he ahí la verdadera «liberación» de un ser humano, y *no* se va a buscar a quien nos la puede conseguir, a una gasolinera, ni a una fábrica donde esté apretando tornillos, ni a una sala de fiestas, ocupado en bailar un tango. Y ya que, por desgracia, no se pueden impedir todos los asesinatos de inocentes (muchos si se evitarían con buena voluntad por parte de las autoridades y mejor formación religiosa en la juventud), es menester formentar la idea de que el mayor crimen contra la justicia y los Derechos humanos es privar al hombre, hijo de Dios por adopción, del más sagrado de todos sus derechos: el de ver a su Padre...

Por eso, es también deber de todo sacerdote inculcar a las madres la importancia del Bautismo, del agua de socorro, en caso de necesidad, administrada no solamente al niño en peligro de morir, sino también al nacido muerto, al feto malogrado o prematuro, aun cuando esté sin señales de vida. Lo prescribe el Código de Derecho Canónico con estas palabras: «Ha de procurarse que todos los fetos abortivos, cualquiera que sea el tiempo a que han sido alumbrados, sean bautizados; en absoluto, si ciertamente viven, si hay duda, bajo condición» (cn. 747). Sólo se exceptúa aquellos que den claras señales de putrefacción. Aún en este caso, es menester usar de gran prudencia para no confundir descomposición con ciertas señales de asfixia, como las que se presentan en criaturas que han tardado mucho en ser expulsadas. Hay que agotar todos los medios como: inyecciones de adrenalina en el corazón, inhalaciones de oxígeno, tracciones rítmicas de la lengua y otras que se van descubriendo, y no darse por vencido hasta tener la seguridad de la corrupción real y verdadera. En caso de un feto que aparezca todavía envuelto en esas membranas que se llaman «secundinas», puede ser bautizado sobre ellas; pero como esto no ofrece absoluta garantía, se debe sumergir todo el envoltorio en agua templada para poder desprender las secundinas y que el agua bautismal alcance al feto mientras se pronuncia la fórmula: «Si vives y no estás bautizado, yo te bautizo en el nombre del Padre, etc.»

Es muy raro que para una mujer normal sea un embarazo motivo de enfermedad o muerte; aunque así fuese, la Doctrina de la Iglesia prohíbe provocar el aborto incluso si se cree que el feto ha muerto; sólo está permitido lo que se llama «parto prematuro artificial» en el caso de tener la garantía de que la criatura pueda ya vivir con vida propia y el hacerlo sea aconsejable por muy graves razones.

Estamos tan acostumbrados a pensar en lo material y terreno, sobre todo desde que el herético progresismo se infiltró en la Iglesia del posconcilio, que estas medidas tomadas para la salvación eterna parecen absurdas y crueles.

¿Qué diríamos de un padre que quisiera enviar a su hijo a lejanas tierras donde le esperaba la felicidad si, al serle propuestos dos aviones: uno lujoso, otro seguro, eligiese el primero, no obstante haber sido advertido de que casi nunca llegaba a su destino, con idea de proporcionar al hijo un viaje cómodo, aun sin garantía del fin? ¿No sería más sabio y más amante el progenitor que, ante la seguridad de la llegada, no diera tanta importancia a la comodidad del camino? Es muy difícil hacer entender esto por tres razones: 1.ª Necedad en la inmensa mayoría humana. 2.ª Falta de fe casi absoluta. 3.ª Perversidad o negligencia (pecado mortal de omisión en los pastores que, en vez de insistir, en su predicación sobre verdades eternas, no hablan más que de teorías sociales, políticas y pasajeras todas ellas.

Los médicos de la antigüedad no tuvieron inconveniente en abrir el seno de la madre de César (eso, como se sabe, dio el nombre de cesárea), una vez muerta, para dar a éste vida terrena llena de lágrimas. ¿Será cruel el Código Canónico que prescribe lo mismo, aunque haya duda de que la criatura vive, sin más intención que bautizarle y salvarle? La operación en sí, bien hecha, no mata a nadie; al revés, ha salvado muchas veces a madre e hijo. Decimos esto porque puede servir de excusa para no actuar fingir ignorar si realmente la mujer ha muerto, y lo más probable es que operada a tiempo se salven ambos. Hoy, con el desprecio creciente a la vida y la impericia en la materia, se espera hasta el último instante confiando en que los forceps y las ventosas —que tantas lesiones cerebrales están ocasionando— solucionen problemas.

Algunos ejemplos, buenos y malos, de los últimos momentos de personas célebres, amenizarán, para nuestros «quepasistas», el final de este artículo: Luis XV de Francia exclamó aquella frase tan repetida desde entonces: «Después de mí, el diluvio», aludiendo a lo mal que se presentaba el futuro y quizá reconociendo su parte de culpa en ello. Pero hay otra frase de su agonía que no ha sido tan publicada, y que dijo al sacerdote que le atendía: «No creía que era tan dulce morir.» Sin tratar de disminuir sus responsabilidades, recordemos que nunca perdió la fe ni persiguió abierta o solapadamente a la Iglesia.

Teilhard de Chardin, el ambiguo jesuita, al caer desplomado en Nueva York, cuando se disponía a tomar el té en casa de la señora De Terra, dijo, no más: «Esta vez yo sé que esto es terrible.» ¿Lo comparaba con otro ataque al corazón que ocho años antes había padecido? ¿Vio con claridad la diferencia entre la vida y la muerte, entre sus imaginaciones y la realidad...?

Alejandro VI, el gran Papa infamantemente calumniado, murió después de haber recibido el sacramento de la penitencia, administrado por su confesor habitual, el obispo de Carinola, oyendo fervorosamente la santa misa. Parece que sufrió un ataque cardíaco, agravado por fiebres endémicas que asolaron a Roma ese verano de 1503. Todas las mentiras sobre un supuesto envenenamiento han sido rechazadas por escritores objetivos; incluso el impío Voltaire ha demostrado su incongruencia. (Orestes Ferrara: «El Papa Borja».)

Beethoven, habiendo recobrado en esos momentos el oído y la palabra, empezó a componer esas armonías que él llamaba «mi oración a Dios».

Si de nadie puede decirse con seguridad si se ha salvado o no, menos de casos como los de un Martín Lutero, que en sus momentos postreros, tan pronto blasfemaba como recitaba una plegaria; se levantaba oprimido por sus angustias cardíacas y escribía amenazas contra el Papa en las paredes; no olvidaba su lenguaje obsceno para contar chistes a los amigos que le rodeaban, y a renglón seguido, oprimiéndose el pecho, salía por los pasillos gritando: «En tus manos encomiendo mi espíritu.» Hay quien cuenta que llamó a un sacerdote y que no se le dejó entrar. Parece improbable, dada la soberbia del hereje, y más teniendo en cuenta qu poco antes seguía hablando contra el culto a la Virgen Santísima. ¿Cuántos progresistas lo hacen ahora...?

Voltaire es otro que, en apariencia, muere impenitente. La primera vez que se siente gravemente enfermo pide los sacramentos al párroco de San Sulpicio de París; pasada la gravedad, vuelve a las andadas. Meses después contrae nuevamente gravísima enfermedad; la que le lleva a la tumba. Pidió los auxilios religiosos, y se lo negaron porque sus «amigos» no quisieron hacerle caso. Entonces pataleando, chillando, rabiando, diciendo que estaba abandonado por Dios y por los hombres, se revolcaba en el suelo, mordiéndose los puños. Era la noche del 30 al 31 de mayo de 1778; tenía Voltaire ochenta y cuatro años de edad. Su actuación impresionó de tal manera a su médico protestante, doctor Tronchin, que éste escribió a un amigo suyo llamado Bonnet lo siguiente: «... hubiera querido yo que todos los que fueron seducidos por sus libros presenciaran su muerte. No puedo acordarme de ella sin horror...» (Carta del 27 junio 1778.) Dice la Sagrada Escritura: «Mors peccatorum pessima.» (Ps. 33-22.)

Para quitar malos sabores de boca a nuestros lectores, hemos dejado como «postre» delicioso las preciosas muertes de Francisco y Jacinta de Fátima, acaecidas en las fechas anunciadas por la Señora a los niños. El anhelo de Francisco desde que vio a la Virgen era consolarla, así como a Su Hijo, por los pecados de los hombres. Estas palabras las repetía constantemente en su última dolorosísima enfermedad: «Lo primero que quiero hacer al llegar al cielo es consolar al Señor...» Y así murió el santo niño. Su hermanita fue sometida a terrible y muy dolorosa operación (apenas se la pudo anestesiar): «Jesús mío, ahora puedes convertir muchos pecadores, porque sufro mucho.» Así, dulcemente, sin aspavientos. «En el cielo voy a amar mucho a Jesús y a María y a rogar por los pecadores.» Era el 20 de febrero de 1920... ¿Nos apuntamos, «quepasistas»?

ALGO QUE SI TIENE IMPORTANCIA

Por SILVERIO ESPADA

"El imaginar que los objetos sensibles no son necesarios para acercarnos a Dios, equivale a olvidar que somos hombres." SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Uno de los mayores males que aquejan a los católicos en la actualidad es la operación llamada «lavado de cerebro», a la que muchos han sido sometidos. Por supuesto, que de modo inadvertido por los propios interesados.

Católicos que han sido fervorosos, consecuentes, edificantes, hoy los vemos conducirse como portadores que son de una mentalidad progresista más o menos acentuada, dependiendo este «más o menos» del grado de influencia o poder persuasivo del «lavador cerebral» que en suerte le tocara a cada uno.

Iba quien esto escribe, días pasados, por la calle con uno de estos católicos influidos por el trastocador de cerebros progresistas; e iba con él porque, amigos de muchos años atrás, la caridad debe primar por encima de todo, y aunque él haya ingresado en el progresismo, ello no debe ser causa para dejarle marginado de nuestra amistad. Al menos, siempre queda la esperanza de que viendo en nosotros otras ideas —las de siempre— no inficionadas y adulteradas, ese amigo puede volver al buen camino, haciendo adjuración de sus torcidas inclinaciones.

Transitando íbamos mi amigo y yo por cierta calle, cuando en dirección opuesta a la nuestra acertó a pasar junto a nosotros cierto sacerdote que conocíamos de sobra los dos, vestido enteramente de paisano.

Exclamación mía:

—Ahí lo tienes: un hombre de mundo... Vestido así, cualquiera diría que es un sacerdote. ¿No le dará sonrojo ir de esa guisa por la vía pública? ¿Es que se avergüenza del sacramento excepcional que recibió cierto día?

Respuesta de mi amigo, ya he dicho antes que lavado su cerebro con buenos detergentes progresistas:

—La verdad es que no sé por qué te preocupan tales minucias. Como vista o deje de vestir un sacerdote carece de importancia. Lo importante es que por dentro sea un cura de verdad.

—¿Tú crees?

—¡Y tanto que lo creo! Lo que pasa es que tú vives obsesionado con tales detalles, que en nada afectan a lo fundamental. Pensando como tú, todo el mundo viviría amargado y, por tanto, que en perpetuo desfase. No olvides aquello de que «el hábito no hace al monje».

Yo no sé si en mi amigo harían mella las palabras que le dije a continuación, las cuales le espeté con mucha caridad, pero también con mucha firmeza:

—Mira, chico. Esa frase que tú invocas está hoy más que socorrida y huele a muletilla y a tópico. (Y eché mano entonces a lo que escribió sobre el tema en ¿QUE PASA? hace algún tiempo una pluma esclarecida y que yo tenía asimilado de memoria. Dije, pues, a mi amigo): El sentido originario de tal expresión fue de carácter disciplinario. Quería decir —al monje— que no bastaba tomar el hábito para adquirir la virtud y la ciencia que le deben ser propias y que sólo con su esfuerzo las logrará. El sentido que tú y otros muchos hoy le dais es justamente el inverso, es decir, indisciplinario. No sirve para recordar deberes o esfuerzos de los que el hábito no exime, sino para autorizar el abandono mismo del hábito y de las limitaciones sociales que comporta. En rigor, la «toma de hábito» ha sido siempre la ceremonia más visible en la profesión, como tal, de un fraile o de un monje. Y nada más amable para ellos, en otro tiempo, que su hábito o, en nuestro caso, su sotana, de cuyas prendas no se desposeían jamás, ni aun muertos, puesto que con ellas eran amortajados. Si «el hábito no hace al monje» ni la sotana al clérigo, lo que resulta hoy evidente es que su abandono voluntario los deshace. Cuando el pueblo fiel se percata de que un clérigo, lejos de sentir la honra de su traje y amarlo, lo abandona por razones de comodidad o de frivolidad, siente en seguida que su respeto por él se transforma en indiferencia, en desprecio o en aversión. Si el sacerdote se avergüenza públicamente de lo que es, el creyente se avergüenza públicamente de él. Y este proceso mental sí que es, como dicen tus amigos progresistas, irreversible.

Tras una breve pausa, para terminar, dije a mi amigo:

—Ahora tú puedes seguir pensando lo que te venga en gana y asegurando que «lo importante es que el sacerdote lo sea por dentro, que lo que aparente ser por fuera NO TIENE IMPORTANCIA». Yo seguiré creyendo firmísimamente en aquella sentencia del Evangelio, cuya procedencia no creo que vayas a decir que carece de fuerza y de valor. Puedes leerla en San Lucas, capítulo 16, versículo 10, y dice así:

«Quien es fiel en lo mínimo, también en lo mucho es fiel: y quien en lo mínimo es infiel, también en lo mucho es infiel.»

¿Entendido? Pues., ¡aplica el cuento, mi amigo, aplica el cuento! Firmemente creo que huelga y sobra toda explicación.

Unos llamados misioneros claretianos dicen que no, "que no tiene importancia"

A nuestro querido colaborador Silverio España le replican unos padres claretianos «modernistas» que editan en Barcelona una hoja periódica titulada «La Fiesta Santificada». En la correspondiente al domingo 2 de septiembre se publican en la portada, bajo el título «Dios al habla», las siguientes estupendas enseñanzas

CADA COSA EN SU PUESTO.—«*¿Por qué comen tus discípulos con manos impuras y no siguen tus discípulos la tradición de los mayores?*» La intención de las «tradiciones de los padres» de lavar antes de comer, restregando bien manos, vasos, jarras y ollas era intención óptima: expresar sensiblemente con cuánta pureza y rectitud debe servir el hombre a Dios. Estas tradiciones traducían una actitud religiosa exacta y loable. Sin embargo, Jesús fustiga y quebranta expresamente estas costumbres «santas». ¿La razón? Se había llegado a valorarlas en sí mismas, *aparte del espíritu que las animaba*. Lo que valía, religiosamente hablando, era el deseo de purificar el corazón; la purificación o lavado de las manos era totalmente secundario: si el corazón estaba purificado, nada añadía o quitaba el lavarse o no las manos antes de comer.

JESUS, EL GRAN PURIFICADOR

Jesús también es amigo de purificaciones, como el que más, pero va derecho al interior: «*Escuchad y entended todos: Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro del corazón del hombre salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas esas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro.*»

«¿Qué diría Jesús hoy a aquellas autoridades religiosas que se empeñan, quieras que no, en dar valor sagrado a tantas tradiciones de los mayores, como una mantilla, una sotana, un santiguarse al entrar en la iglesia, un estar de pie o de rodillas, un tomar el Sacramento en la mano o en la boca, etc., etc.? Nada de esto es sagrado sino que, como todo lo humano, es pobre, variable, expuesto a perder valor y a cambiar de sentido. Lo que nunca cambiará de valor es el interior del hombre: ésta es la enseñanza de Jesús.»

—●—

Ya ve nuestro colaborador Silverio Espada cómo para esos claretianos «santificadores de las fiestas» nada o casi nada es sagrado. Todo, absolutamente todo, en lo humano *es pobre, variable, expuesto a perder valor y a cambiar de sentido*. Lo único sagrado, lo único que nunca varía *es el interior del hombre*. Pero será el interior físico, el interior de la panza, el interior intestinal y visceral del hombre, no el interior de su naturaleza sobrenatural, que ese interior es sagrado, tradicionalmente sagrado como sus fuentes sacramentales. Y como los sacerdotes mismos. Y como los fieles en estado de gracia.

Esto aclarado, esos misioneros claretianos que redactan y editan «La Fiesta Santificada», ¿a qué misión religiosa, catolicísima, consagran sus afanes? Si parten de que la única eterna verdad, de que lo único sagrado, invariable en este mundo es el interior físico del hombre, procede concluir por afirmar que esa hoja titulada «La Fiesta Santificada» no es la obra de unos religiosos tan doctos e ilustres como los fieles hijos y continuadores de San Antonio María Claret, sino que es el órgano del honrado gremio de la mondonguería.

¡"PALABRA DE DIOS", ESO!

Por TEOFILO

LA PALABRA DE DIOS ADULTERADA
por cursis y engreídos «traductores»,
es LA PLAGA PEOR DE LAS PEORES;
NO PUEDE SER POR OTRA SUPERADA.

La peor por EGIPTO soportada,
comparada con ésta, es FLOR DE FLORES;
mas JESUS, EL AMOR DE LOS AMORES,
NUNCA DEJA A SU GREY ABANDONADA.

Porque, a pesar de todos esos «SABIOS»,
nos trae, CRISTO EN PERSONA, a la memoria,
las frases que salieron de sus labios.

Y no le mermarán nada su gloria,
ni impedirán su vuelta, los agravios
DE LOS QUE, DE SU IGLESIA, SON LA ESCORIA.

La bestia apocalíptica

Por A. TIZA

Tenía que aparecer en toda su espantable realidad, y ya está aquí. Hace unos tres años me publicó ¿QUE PASA? un artículo reproducido de una revista francesa sobre el incremento que había tomado en los Estados Unidos el satanismo, el satanismo propiamente tal, con sus ritos propios, su iglesia, sus templos, sus ceremonias, su papa y, en fin, con unos crímenes rituales que ya no sorprenden a nadie. Mi artículo terminaba así poco más o menos: «Por la costa atlántica se está extendiendo una legión de brujos, adivinos, magos, mediums, pseudoastrólogos... Para este verano se espera su llegada al litoral francés...» Pues bien; a los tres años aproximadamente la bestia satánica pretende invadirnos a nosotros.

No nos extrañemos; tenía que suceder; este proyectado CONGRESO INTERNACIONAL DE *PARAPSICOLOGIA* Y «CIENCIAS OCULTAS» que aspira a tomar tierra en El Escorial, yo ya lo esperaba. Sí; tras las acometidas encubiertas del demonio metido, entrometido y encumbrado en la Iglesia; después de los varios años de SECULARIZAR y DESMITIFICAR desde las conciencias y las almas hasta lo más alto y sagrado, luego de degradar desde los altares mismos el sentimiento religioso para lanzarlo a la sola aspiración de los bienes de orden material, después de castrar a los espíritus de toda idea alta, noble, generosa, heroica, por medio de un increíble deseo de la imposible «PAZ A TODA COSTA» Y AL PRECIO DE TODO, *de la paz digestiva*; habiendo mediado la condenación de actitudes que puedan ser exigidas por Dios, con el *slogan* de «CONDENACION DE LA VIOLENCIA VENGA DE DONDE VENGA»... Después de las MENTALIZACIONES llevadas a cabo de la sociedad cristiana para raer de ella todo impulso de reacción, de repulsa, de protesta, con la actitud COMPRENSIVA de determinadas jerarquías de la Iglesia frente a manifiestos y públicos sacrilegios y blasfemas publicaciones... Luego de mantener adormecida la conciencia católica de muchos que se han dejado sorprender comenzaron los zarpazos de la bestia diabólica a mostrarnos el peligro; la pornografía invadía de golpe nuestras ciudades; se apoderaba de las almas infantiles, corrompía a nuestros adolescentes, se extendía por todas partes... Sodoma se paseaba provocativa y desafiante por las calles de las gentes honradas y era recibida en cardenalicio palacio por un primado de la Iglesia católica en una capital del norte de la vieja, noble y cristiana Europa, CON TODA DEFERENCIA... Comercios dedicados a la exhibición y venta de todo lo que se ordena a la más nauseabunda y degradante obscenidad se abrían en varias capitales del continente, y Roma misma era contaminada de la asquerosa lepra... Los teatros, los cines, rivalizaban para ofrecer al público las peores aberraciones y más indecentes obras... Y, entre tanto, por parte de un sector de la Iglesia todos los esfuerzos se proyectaban únicamente en dos direcciones que, aparentemente divergentes, se encontraban en un trágico punto; el hundimiento de los valores morales...

De una parte, una DENUNCIA PROFETICA excitaba a las masas trabajadoras lanzándolas a la violencia, y por otra, la CONDENACION DE TODA VIOLENCIA sujetaba los impulsos de los que, movidos por motivos religiosos, políticos, sociales o simplemente por el sentido de la defensa de los propios intereses o derechos, se creían con el derecho y hasta con el deber de usar, en su caso, de la violencia necesaria... Y así, ni blasfemias, ni sacrilegios, ni herejías, por una parte; ni actos delictivos, por otra, eran condenados por aquel sector de la Iglesia y sí los que de algún modo se oponían a ellos.

Ya alabados, protegidos, defendidos, delincuentes, agitadores y hasta homicidas, reprobados los sentimientos religiosos, patrióticos, nobles... Condenados *éstos* y exaltados los *otros* de dentro y de FUERA DE ESPAÑA, era llegado el momento de que apareciera la BESTIA —no ya tan disimulada, sino dejando que se dibujaran sus verdaderos rasgos— ansiosa de hundir sus garras en esta tierra sagrada que guarda las reliquias de tantos mártires... Ya, ya la tenemos golpeando a las puertas nada menos que de EL ESCORIAL; brujos, mediums, espiritistas..., el «CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS Y POLITICOS GENERAL ZUMALACARREGUI» ha publicado los nombres de ellos. Sin que haya confirmación oficial, de ello parece ser que, verbalmente y en sigilo, se indica que en las *reuniones privadas* tendrán lugar las demoníacas MISAS NEGRAS.

No me dirijo a los señores obispos que con nosotros llevan la para ellos incalculablemente más pesada cruz de la Iglesia de España; a esos señores obispos fieles, FIRMES EN LA FE, que defienden a costa de ellos mismos, no. Me dirijo a *los otros*, a los que NO VEN, o NO OYEN, o NO SABEN, o NO ENTIENDEN... A éstos clamo pidiendo que intervengan de una vez, porque España se está hundiendo en la FE. No nos dejen marchar delante a los seglares en «ESTA LUCHA CONTRA EL PODER DE LAS TINIEBLAS», porque ese lugar es de ustedes, señores obispos, y en el Tribunal de Dios a ustedes les requerirá El. Tras estas apariciones de la bestia, sépanlo los pastores del rebaño de Cristo, viene no solamente la destrucción de la fe, sino la de los valores humanos y la misma destrucción de las *personas humanas*. No exagero, no; vuelvan la vista a América y aún ahora también a algunos puntos de Europa, de los que, por medio de las agencias de publicidad, tenemos noticia de reiterados sacrificios, en donde, por los llamados crímenes rituales, se tortura y asesina. No se olvide que el odio de Satanás contra la raza humana, el odio de la bestia apocalíptica, paso a paso —y acaso sin que los mismos que le facilitan el camino lo adviertan a tiempo— lleva a esa final... ¡Despierten de su sueño, no sea que tengan un día, sin posible remedio, que «LLORAR COMO MUJERES LO QUE NO SUPIERON DEFENDER COMO HOMBRES», señores obispos!

VIRUTAS

Por LUCIERNAGA

«¡AY, CONCILIO, cuántos disparates se cometen en tu nombre!», es la natural sustitución de la conocida frase histórica: «¡Oh, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!», pero es que estos crímenes aparecen también ahora envueltos en la misma palabra-LIBERTAD arropada en las tinieblas del posconcilio...

¡Dios santo, qué lío! Acuden a Perpiñán caravanas de seres a beber del abrevadero en el que, pagando a muy alto precio, se les sirve eso que se saca de las pocilgas cuando se limpian. Es SU gusto, ¡qué se le va a hacer!

Bueno: el Pastor de Perpiñán, alarmado, comunica al de Barcelona de la que, al parecer, más numerosas acuden a saciar la pestífera sed las caravanas; comunica su alarma y le ruega que ponga remedio al mal, porque ALLI no lo pueden poner, ya que la ley permite aquel género de pocilgas... El pastor de Barcelona acusa, con discreto retraso, la carta recibida con las lamentaciones del pastor de Perpiñán, y en la «Hoja Dominical» de su diócesis la reproduce y ruega a sus ovejas —entre las cuales se cuentan las de la pocilga— que le proporcionen SUGERENCIAS que intenten poner remedio al mal... Y las caravanas continúan... Esto ocurre porque estamos en los fúlgidos tiempos en los que resplandece en la Iglesia una luz que ofusca las tinieblas que la han atosigado durante veinte siglos, porque antes, los pastores como el obispo mártir doctor Irurita, obligado ahora a PEDIR PERDON, PERDONADO y ABSUELTO a su vez por una alta personalidad que lo dispensa del DESPRECIO que sin duda, según ella, merecería o podría merecer, y sepultado en la fosa del olvido y del silencio... Aquel obispo hacía lo siguiente: ORIENTABA A SUS OVEJAS con dulce energía, mostrándoles clara y rotundamente sus DEBERES, señalándoles los peligros, alertándolas para que no cayeran en las emboscadas, y todo esto arriesgando todo cuanto era y tenía en tiempos, los más difíciles y dramáticos para la Iglesia. ¿ARRIESGANDO? ¡NO! ENTREGANDO, como entregó, hasta la propia vida para no abandonar a sus ovejas. Pero, ¡claro!, aquellos eran tiempos de SUBDESARROLLO religioso... ¡Ay, cuando en la historia se lean los anales de nuestro tiempo! Pero más ¡AY! ¡CUANDO SE LEAN en el LIBRO ETERNO!

● Málaga y el Tenorio. Ya, ya se están encerrando en la hermosísima catedral de Málaga los —según cierto obispo— seres MAS DEBILES del universo que son, no lo duden ustedes, los obreros que exigen mejoras, y que están en conversaciones con las empresas para obtenerlas. Bien; YA ESTAN EN LA CATEDRAL unos doscientos obreros, hombres y mujeres, ENCERRADOS ALLI, «paseándose —según leo en la prensa— por los altares», y supongo que, para matar el tiempo, contando chistes y chascarrillos. A mí, antes de sorprenderme esto, antes me hubiera sorprendido lo contrario por aquello del Tenorio: «En donde quiera que voy — va el escándalo conmigo...»

¿Y si nosotros invocáramos EL DERECHO DE ASILO que tan peregrinamente trajo a colación monseñor Añoveros extrañamente aplicado a los obreros recluidos voluntariamente en una iglesia, ASILADOS SIN QUE NADIE LOS PERSIGUIERA, acompañados de televisores, etc.? Si invocáramos, digo, nosotros ese ancestral ¿DERECHO? reconocido en sorprendentes circunstancias en estos tiempos que abominan de toda tradición y ley antigua... Si lo invocáramos para obtener que nuestros niños fueran bautizados CUANTO ANTES, que a los escolares no se les pervirtiera con explicaciones sucias e inadecuadas bajo pretexto de EDUCACION SEXUAL, que se nos reconocieran TODOS LOS DERECHOS que COMO CATOLICOS e HIJOS DE LA IGLESIA TENEMOS... Que cesaran las EXPERIENCIAS en materia religiosa: en liturgia, moral y hasta en la fe, y los conatos de subversión que se llevan a cabo y se procuran y amparan por curas y jerarquías de la NUEVA IGLESIA... Si nos encerramos en una iglesia para obtener todo eso, ¿qué pasaría? ¿Se nos ASILARIA o se nos ASOLARIA?

«Asistimos a *un fenómeno inquietante*, un ANTICLERICALISMO de derechas.» ¿Sí? Pues nosotros hace tiempo que estamos asistiendo a *UN FENOMENO INDIGNANTE*, un CLERICALISMO de izquierdas.

Yo me pregunto: ¿Qué entenderán los obispos de obreros y de empresas? ¿Por qué se meterán en esos fregados para luego salir como ya están saliendo en algunos sitios de Francia y de Hispanoamérica? O si no que exijan estar presentes en las reuniones de directivos de empresa y en las juntas de accionistas para así evitar los patinazos... No, no es fácil penetrar en los entresijos de los asuntos económicos y de organización, señores obispos, y ustedes no PUEDEN ENTENDERLO TODO. Por eso señalen, sí, los DEBERES *DE TODOS* sin hacer la parte de nadie ni por servilismo ni por demagogia, como se estila ahora, y luego, créanme, no intenten adoptar posturas definitivas que los pondrían en evidencia por lo que se refiere a la ignorancia de los asuntos que traten...

CRISTO, PROFANADO

(De "Alerta", Santander-2-IX-973 — Por Antonio de Cossío y Escalante

Me ha chocado la unanimidad de voces con motivo de la profanación de Jesús, que manchará todavía más las pantallas de las salas proyectoras y de las almas espectadoras.

Me parece elemental unirse a esa repulsa ante lo inevitable, pero quiero explicar sobre todo la razón de mi sorpresa, que no es otra que el acuerdo a la hora de las consecuencias y el desacuerdo a la de las causas. Este es mi choque y mi sorpresa: porque mi repulsa es antecedente sobre todo para quienes no tuvieron voz ni se hicieron amplificador, volumen y resonancia a la hora de las causas, de los vientos y de los polvos.

Mi repulsa para quienes no tuvieron ninguna cuando un crucifijo salió por la ventana en la Universidad y, sin embargo, se rasgaron las vestiduras por un acto de desagravio.

Mi repulsa para quienes callaban cuando el misterio del Verbo Encarnado era, dogma a dogma, literalmente despedazado, y Cristo era desmitificado y su divinidad hábilmente velada y su santísima humanidad escorada hacia la banda de babor con el lastre del liderazgo y del populismo de gorro frigio.

Mi repulsa para quienes dejaron huérfano hasta el mismo magisterio de Pablo VI sobre la figura adorable del Salvador, y se dedicaron a hacer ruido en cátedras «de humo y fuego».

Mi repulsa para todos los complacientes que se quedaron tan anchos cuando Cristo dejó de ser venerado allí donde estaba verdadera, real y sustancialmente presente y como tancredos imperturbables asistieron a la tala y al desmoche de los sagrarios, al desguace de los comulgatorios, a la pro- de los sagrarios al desguace de los comulgatorios, a la proliferación de las misas domésticas con torta y jarra de clarete o de tintorro, a la incineración de las especies sacramentales porque así hacían los judíos con los residuos del cordero pascual, al stop puesto a las procesiones del Corpus, al escándalo de las parodias eucarísticas en las clases de algunos colegios y en campamentos de montaña, de litoral o de piscina, a la sandez de los cestitos de mimbre y las manos osadas que se pasan las hostias consagradas con desfachatez provocadora.

Mi repulsa para los que ni en el mismo templo del Señor tuvieron celo y cólera y, conciliadores, se tragaron la sentada de la reivindicación humana arrumbando el látigo de la reivindicación de Dios.

Mi repulsa para los que hicieron deslizarse el misterio del altar hacia la comunidad y, hacia el altar, se encaramó el mundo y la carne y la palabra de Dios en versiones inexactas y bárbaras fue sustituida por palabras de hombres y por interpretaciones de hombres.

Mi repulsa para tanto respeto que respeta todo, menos a Dios.

Mi repulsa a quienes tarde y a destiempo hacen la monserga del muro de las lamentaciones cuando «en la figura» de celuloide es sacrílegamente profanado Cristo y no supieron tomar al asalto, látigo en mano, la cota y el nido donde se engendraban las causas que «in re non in figura» se profanaba sacrílegamente a Jesucristo en sus dogmas, en su sacrificio eucarístico y en su cuerpo místico.

Y a Ti, mi Dios y Señor, «heri et hodie» profanado, sólo esto: Adoro Te devote, latens deitas.

"...INFIERNO O GLORIA" Por TEOFILO

Para salvarme he nacido;
mas si no lo he conseguido
al llegar mi hora postrera,
de nada me habrá servido
haber cien años vivido,
y DOS me echará a LA HOGUERA.
SATANAS allí me espera;
mas si antes me vuelvo a DIOS,
y sigo de DIOS en pos,
por EL ESTRECO CAMINO,
DIOS cambiará mi destino
y a SATAN diréle ADIOS.
Mas si sigo por EL ANCHO,
y me engancho y me reengancho
a los mundanos placeres,
y entre diabólicos seres
paso el resto de mis días,
serán mis postrimerías
JOLGORIO DE LUCIFERES.

LOS MARTIRES DE SAN FELIU DE LLOBREGAT

IN MEMORIAN (Con permiso de la "Conjunta")

D. Juan de Batlle Ribas.
» Joaquín Prats Camprubí.
» Luis G. Rius Poll.
» A. Monasterio Martínez.
» Alfredo Lahoz Burgos.
» José Sagués Juliá.
» Jesús Sagués Manadé.
» Eduardo Castells Oriol.
» Joaquín Castells Morral.
» Jaime Ribas Ricart.
» Juan Lladó Fontfreda.
» Ramón Lladó Fontfreda.
» F. Sáez Rodríguez.
» Miguel Reverter Roca.

Que al borde de la carretera del término de Castellbisbal, el 23 de agosto de 1936 ofrendaron su vida por el sagrado lema de sus ideales, siempre defendidos y jamás abdicados.

Rvdo. P. Teodoro Illera.
» H. J. (Jacinto Gómez).
» H. José Franco.
» H. Joaquín Puente.
» José Martí Durán.
D. A. Barcelona López.
» Ruperto Lladó Ollé.
» R. de Trinchería Güitó.
» Lorenzo Martí Mayol.
» Remigio Guix Bonsoms.
» José Ricart Roca.
» Juan Antonio Montobio.
» J. Montmany Claramunt.
» José Vallés Campañá.
» Ricardo Ribas Martí.
» Matías Badía Bardají.
» E. de Ossó Campmany.

Que dieron su vida por Dios y por España, durante el transcurso del dominio rojo-marxista.

— Los cuerpos de los Mártires están sepultados en paz.
— Sus nombres vivirán para siempre por los siglos de los siglos.
— La luz de la bienaventuranza brillará sobre sus sienes como aureola de gloria.
— Su memoria perdurará entre los mortales transmitiéndose de generación en generación.
— Estos son los que el mundo despreció y condenó a muerte en horroroso martirio.
— Ellos, al ejemplo del Maestro, supieron expirar con la sonrisa en los labios y perdonando de corazón a sus verdugos.
— Orgullo de la Patria y honra de la Iglesia.
— Descansen en paz y que la luz perpetua brille sobre ellos.

AL P. JESUS ECHEVERRIA

Transcribimos para nuestro querido y docto colaborador el siguiente párrafo de una carta dirigida al director por un reverendo padre amigo y benefactor de ¿QUE PASA?

«Ahora quiero aprovechar la ocasión para felicitar por su medio a uno de tantos aguerridos campeones de la gloria del Verbo Eterno y su Santísima Iglesia como hay en la redacción y colaboración de ¿QUE PASA?, semanario regado con la sangre del apóstol Santiago y de los mártires de la maldita República y de la santa Cruzada española. Se trata del padre Jesús Echevarría, que escribió en el número 501 el artículo titulado: «¿Santiago, ex Patrón de España?» Aguien vio en el cielo (aún hay amigos de Dios) a nuestro glorioso Patrón (lo de menos es que las hormiguitas de este mundo lo llamen así, oficial o litúrgicamente; como lo de menos, para los amigos de Dios, es que sean canonizados aquí); rogando agradecido por el padre Jesús Echevarría. ¡Dichoso de él! Dígale, de parte mía, que no tengo miedo, pues si vive unos pocos años verá florecer a la España del Corazón de Jesús y de la Virgen del Pilar, siendo la admiración y esperanza de la cristiandad (o sea, de los católicos; no de los herejes a quienes llama cristianos este siglo infatuado que no acierta a llamar por su nombre a ninguna cosa), acaso como en ninguna época pasada.»

Del fondo de resistencia de ¿QUE PASA?

Para el debido conocimiento de nuestros queridos amigos y benefactores, les informamos de la situación de caja de este fondo providencial:

	Pesetas
Saldo disponible anterior	69.070,—
Nuevas aportaciones:	
Mr. Zimmermann, de Washington	1.000,—
Don G. V., de Bilbao	1.000,—
un cura pobre, español y franquista, de Madrid	500,—
Don P. M. P., de Barcelona	350,—
De un entusiasta, de San Sebastián	1.000,—
Suman los ingresos	72.920,—
Gastos:	
Los debidamente justificados de Dirección y Redacción correspondientes al mes de agosto de 1973	6.630,—
Saldo disponible al 5-IX-973	66.290,—

1774-1974

Ana-Catalina Emmerich y los tiempos actuales

4

Por M. M. E.

Amaneció el 9 de febrero de 1824, último día de su peregrinación. Intentaron cambiarle de postura para aliviarla, pero dijo: «*Estoy sobre la cruz y queda poco tiempo: déjenme.*» Se confesó por última vez. La habitación contigua estaba llena de parientes y amigos que, en voz baja, hablaban de la gran fe, paciencia y santidad de la moribunda. Pero ella lo estaba oyendo todo en espíritu, y exclamó dolorida: «*¡Oh, por el amor de Dios, no me alaben, que esto me retiene aquí, puesto que entonces debo sufrir doble! ¡Oh, Dios mío, no es quejéis de mí, mirad cuántas flores nuevas echan sobre mí!*» Y continuó con profunda convicción: «*Sólo Dios es bueno. Todo debe ser pagado hasta el último céntimo. Yo soy pobre y llena de pecados; yo no puedo pagar estas alabanzas más que con sufrimientos unidos a los de Jesucristo. No me alaben; déjenme morir en la ignominia con Jesús, sobre la cruz.*»

Imploraba continuamente: «*Señor, socorredme: venid ya, Señor Jesús.*» A media tarde alguno debió elogiarla, porque otra vez protestó con sobrenatural energía: «*Yo no puedo morir si tantas buenas personas piensan bien de mí, equivocadas. Digan a todos que soy una miserable pecadora. ¡Oh, si yo pudiera gritar, de modo que me oyeran todos los hombres, qué pecadora soy! Yo estoy muy por debajo del buen ladrón que fue crucificado junto a Jesús, porque él y todos sus contemporáneos no tenían que rendir una cuenta tan tremenda como nosotros, que tenemos todas las gracias dadas a la Iglesia.*» Después de esta declaración pareció quedar muy tranquila, y dijo al sacerdote que tenía junto a sí: «*Tengo ahora tanta paz y confianza como si jamás hubiera cometido un pecado.*»

Le acercaron el crucifijo a los labios, pero sólo besaba los pies del Señor, por humildad. Respiraba muy aceleradamente, pero su rostro estaba sereno e irradiaba una profunda paz, mientras un sacerdote recitaba la oración de los agonizantes. Dieron las ocho campanadas de la noche; respiró más pausadamente durante varios minutos, y exclamó con fuerza por tres veces: «*¡Señor, socorredme; Señor, Señor, venid!*» Poco después murió.

Klemens Brentano entregó todos sus manuscritos al doctor Hanoberg, que será obispo de Espira, y éste entonces al padre redentorista K. E. Schmoeger, que publicó las visiones acerca de la Vida de María, Vida y Pasión del Señor y primera expansión de la Iglesia, y escribió una Vida de Ana-Catalina a base de las anotaciones diarias de Brentano. Pronto lo tradujo todo al francés el canónigo vicario general de Versalles, E. de Cazalès, ya en 1835. «*Ciertamente creemos* —dice el vicario de Versalles— *en la perfecta buena fe del señor Clemente Brentano, porque le conocemos y le amamos. Por otra parte su piedad ejemplar y su vida retirada del mundo, donde podría vivir en medio de homenajes, son una garantía para todo espíritu imparcial.*» Asegura el señor vicario que Brentano, con quien habló muchas veces largamente, le aseguró que jamás había alterado en nada las visiones de Ana-Catalina: le hubiera parecido un sacrilegio. Añade que el señor Brentano no sabía una palabra de arqueología bíblica ni de orientalismo ni de lenguas semíticas, ciencias a las que las visiones hacen continuas referencias.

Los volúmenes publicados en Francia son los siguientes:

— VISIONS D'ANNE CATHERINE EMMERICH SUR LA VIE DE N. SEIGNEUR JESUSCHRIST ET DE LAS TRES SAINTE VIERGE. LA DOULOUREUSE PASSION ET L'ETABLISSEMENT DE L'EGLISE PAR LES APOTRES. Par le Père K. E. Schmoeger, C. SS. R., traduit de l'allemand par E. de Cazalès, vicaire général et Chanoine de Versailles. París VI. Librairie P. Tequi, editeur. 82, rue Bonaparte (1954). Son tres volúmenes de 18 por 11 y de algo más de 500 páginas cada uno.

— VIE D'ANNÉ CATHERINE EMMERICH. Par le Père K. E. Schomeger, C. SS. R., traduit de l'allemand par E. de Cazalès, vicaire général et Chanoine de Versailles. 4.e édition (1950). El mismo editor-librero. También tres volúmenes de 18 por 11 y de unas 500 páginas cada uno.

Las visiones sobre Roma y la gran crisis y tribulación de la Iglesia se hallan esparcidas en el segundo y tercer volumen de la «Vie d'Anne Catherine». De ahí las he tomado.

Pero antes de comenzar las visiones considero muy útil poner ahora la lista de los Papas, desde el contemporáneo de Ana-Catalina hasta el fin del mundo. La monto, pues, sobre la lista profética de San Malaquías, O. S. B., obispo de Armagh de Irlanda (siglo XII), cuya autenticidad y verdad tengo por seguras. Va delante de cada Papa el número que hace en la lista de San Malaquías, y a continuación su lugar de nacimiento y fecha de su elevación al solio y de su muerte.

97. «Aquila rapax» = águila predadora, rapaz.—Pío VII. Nació en Cesena el 14-VIII-1740. Papa el 14-III-1800 al 20-VIII-1823. Fue arrebatado por el emperador Bonaparte.

98. «Canis el coluber» = un perro y una serpiente.—León XII. Nació en Spoleto de Umbría el 22-VIII-1760. Papa del 28-IX-1823 al 10-II-1829. El perro puede simbolizarle a él, que no dejó de ladrar a la masonería —serpiente satánica—, la cual ha tenido en este Papa su mayor enemigo.

99. «Vir religiosus» = varón religioso.—Pío VIII. Nac. en Cíngoli de Ancona el 20-XI-1761. Papa del 31-III-1829 al 30-XI-1830. Destacadamente humilde y piadoso.

100. «De Balneis Etruriae» = de los Baños de Etruria.—Gregorio XVI. Nac. en Belluno del Veneto el 28-IX-1765. Papa del 2-II-1831 al 1-VI-1846. Monje de la Orden Camaldulense, fundada por San Romualdo en Los Baños de Etruria.

101. «Crux de Cruce» = tormento (cruz) de una Cruz.—Pío IX. Nació en Sinigaglia de Umbría el 15-V-1792. Papa del 16-VI-1846 al 7-II-1878.—«Crucificado» por la casa real de Saboya-Piamonte, que tiene por escudo una cruz: ella le arrebató los Estados Pontificios y la ciudad de Roma.

102. «Lumen in coelo» = luminar en el firmamento.—León XIII. Nació en Carpineto Romano, al sur de Roma, el 2-III-1810. Papa del 18-II-1878 al 20-VII-1903. Verdadero extraordinario doctor de las gentes, por sus muchas e importantísimas encíclicas.

103. «Ignis ardens» = fuego inflamado.—San Pío X. Nac. en Riese de Treviso (Veneto) el 2-VI-1835. Papa del 4-VIII-1903 al 20-VIII-1914. Santo inflamado en amor a la Eucaristía y su propagador. Su lema fue «construir el mundo sobre Cristo», y a ello fue con extraordinaria energía.

104. «Religio depopulata» = la religión sin el pueblo, al pueblo se le priva de la religión.—Benedicto XV. Nac. en Génova el 21-XI-1854. Papa del 3-IX-1914 al 22-I-1922. Primera gran guerra revolucionaria (1914-18). Revolución económica-social rusa. Con la posguerra se acelera el descenso a las masas populares del indiferentismo, que en el s. XIX fue propio de las altas clases.

105. «Fides intrepida» = una fe audaz.—Pío XI. Nac. en Desio de Monza el 31-V-1857. Papa del 6-II-1922 al 10-II-1939. El Papa de los concordatos, de los Pactos Lateranenses con Italia, del impulso religioso-científico de las Misiones, de la condenación del nacismo...

106. «Pastor Angelicus» = Pastor Angélico.—Pío XII. Nac. en Roma el 2-III-1876. Papa del 2-III-1939 al 9-X-1958. Verdadero pastor de abundantes y buenos pastos, santo y ángel de paz.

107. «Pastor et nauta» = Pastor y marino.—Juan XXIII. Nació en Sotto il Monte de Bérgamo (Lombardía) el 25-XI-1881. Papa del 28-X-1958 al 3-VI-1963. Varón de gran piedad y de santa doctrina. Maniobra en el timón de la Nave: «Puesta al día» de la Iglesia; para ello convoca el Concilio Vaticano II.

108. «Flos florum» = la flor por excelencia, la rosa roja.—Paulo VI. Nac. en Concesio de Brescia (Lombardía) el 26-IX-1897. Papa el 21 de junio de 1963, fiesta del Sagrado Corazón, al quinto escrutinio. Amor y sufrimiento por la Iglesia. Es el Papa núm. 264.

109. «De medietate Lunae» = del centro de la Luna.—En mi opinión, y de otros muchos, este lema corresponde a un antipapa.

110. «De labore Solis» = del trabajo o del infortunio o de la hazaña... del Sol.

111. «De gloria Olivae» = del triunfo de la Iglesia (Nuevo Israel, cuyo símbolo es el olivo), el Ungido Glorioso. Es el Papa del cumplimiento mesiánico: «Se hará un solo rebaño bajo un solo Pastor (Jn. 10, 16). Reinado del Corazón de Jesús.

112. «Petrus Romanus». «En la última persecución contra la Sagrada Iglesia Romana ocupará el Solio Pedro Romano, que apacentará las ovejas entre muchas tribulaciones, pasadas las cuales se derrumbará la ciudad de las siete colinas y el Juez Temible juzgará al pueblo.» En mi opinión, San Malaquías habla aquí del fin del mundo, que será bajo el pontificado del sucesor de «De gloria Olivae». Jesucristo dijo que «nadie sabe el día ni la hora» más que Dios; pero no se refirió al año. Creo que éste viene dado en la lista de San Malaquías: El Papa núm. 73 de la lista, Sixto V, elevado al Solio en 1585, tiene por lema «Axis in medietate signio» = un eje en el centro del signo, y el escudo del Papa era un eje atravesando el signo zodiacal «León». Ahora bien, debido a la precesión de los equinoccios (véase en el Diccionario-Enciclopedia Espasa «Precesión») realmente el sol pasa por Leo cuando hace unos dos mil años (en tiempo de Hiparco, cuando se hizo el mapa de los signos) pasaba por la constelación anterior: Cáncer. Es decir, cuando ahora pasa por Leo es un mes antes que en los mapas: del 22 de junio al 22 de julio. En 1585 unos días antes que hoy. El eje del año es el 2 de julio. ¿Quiere decirnos, veladamente, y para captarlo libremente, San Malaquías, que 1585 es el eje de toda la lista de los Papas? Esta lista comienza con el año 1143 del Papa Celestino II. Según esto, el fin del mundo será en el año 2027, y desde unos siete u ocho años antes vendrá actuando el Anticristo.

(Se me acabó el espacio. En el próximo artículo, las visiones de A. C. Emmerich.)

DICHOS Y HECHOS

Por Teodosio DEL VALLE

Da grima tener que ocuparse en glosar la declaración «Mysterium ecclesiae», que se ha visto forzada a publicar la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, «debido al lenguaje ambiguo o también erróneo de numerosos escritos teológicos que han oscurecido la doctrina católica, llegando alguna vez a oponerse a la fe católica, incluso en cosas fundamentales».

Y como estos errores se han propalado y defendido en España por una minoría «encumbrada» en los altos puestos de docencia y curias pastoralistas, ante el silencio de la Asamblea Episcopal, ante la falta de publicación en la prensa «católica»; ante el retraso de la toma de posición episcopal que *sólo potencialmente* es probable se ocupe de su estudio en la reunión de finales del mes de agosto, nosotros nos hemos creído en el deber de expresar nuestra alarma, como los gansos del Capitolio romano, para despertar a los adormilados o dejar al descubierto a los que simulan no enterarse de nada que roce las marginaciones aperturistas doctrinales.

Porque no se trata, señor nuncio —lo repetimos una vez más y seguiremos repitiéndolo sin cansancio—, de piedras o ladrillos accidentales «que salen y entran, suben o bajan» en la renovación del edificio eclesial, como señaló usted en su célebre conferencia periodística, sino de muros y paredes maestras que con pasividad de arquitectos, peritos, maestros y dirigentes de las obras «renovadoras» se están erosionando, por no decir demoliendo. No lo decimos los de ¿QUE PASA?, sino la Congregación Romana y el mismo Pablo VI al usar por vez primera el significativo término de la AUTODEMOLICION.

El último grito de «¡FUEGO!» es la declaración que comentamos. En sus seis apartados expone y condena errores «que sitúan a sus patrocinadores fuera de la comunión católica». Si no expresa una *excomunión personal*, sí anatematiza a los incursos en *excomunión doctrinal*, mucho más grave ésta que aquélla. Ya nos ocupamos anteriormente de la UNICIDAD de la Iglesia de Cristo. «Por lo cual —dice el dicasterio— no pueden los fieles (y mucho menos los que se intitulan a sí mismos «teólogos», añadimos nosotros) imaginarse a la Iglesia de Cristo, como si no fuera más que una suma de Iglesias y de comunidades eclesiales, y en ningún modo son libres de afirmar que la Iglesia de Cristo hoy no existe ya verdaderamente en ninguna parte, de tal manera que se la debe considerar como una meta, a la cual han de tender todas las Iglesias y comunidades».

Este error se ha linotipiado en muchas revistas y diarios «católicos» españoles; en libros con censura eclesiástica, en misales y manuales de piedad, en hojas parroquiales, en conferencias y discursos, cuyos textos han sido después «cortados» para disminuir el escándalo producido. Y los jerarcas respectivos o se han callado o hasta los han defendido, inventando los términos de «estilo literario, periodístico, de paráfrasis o de ficción futurista». Como si al hablar de verdades dogmáticas se pudiera el orador permitir el lujo de desbarrar, como en las lucubraciones de un film de ciencia-ficción. Muchos colaboradores de ¿QUE PASA? han dado los nombres y los textos de estos «carismáticos» para refutarlos. Aplaudo su criterio e intención. Yo prefiero citar sus asertos y olvidar sus nombres. Allá va una sola muestra: «*Ninguna Iglesia y tampoco la Romana, es verdadera, porque todas ellas traicionan al Evangelio*.»

Es un hecho comprobado por cuantos hemos visitado países extranjeros: la Iglesia española propugna ideas y realiza actos tan avanzados y «progrés» como los puedan realizar las Iglesias más progresistas. Verdad es que copia a los más marginados, sin que entre sus «pensadores» haya un atisbo de novedad; pero como las sirvientas al querer copiar las modas y usos de sus señoras, los aplebeyan y deselegantizan, nuestros «intelectuales progrés» maltraducen y degradan las «opiniones eruditas» de las revistas contestatarias. Tal vez sólo nos aventage Canadá y estamos empatados a goles con los equipos de Holanda, Bélgica y ciertos sectores franceses y germanos de SEGUNDA CATEGORIA.

Los apartados sobre la INFALIBILIDAD de la Iglesia no hacen sino repetir la doctrina tradicional, dogmatizada en las resoluciones del Vaticano I, tan «contestadas» por el modernismo y su hijo espúreo el progresismo actual, cuyos errores han hecho necesaria esta declaración romana. Ya hemos probado que la Iglesia no es una PIRAMIDE, cuya BASE sostiene el VERTICE, a quien es preciso engañar, sino un EDIFICIO levantado por Cristo y por El sostenido hasta el final de los tiempos mediante la PIEDRA sustentadora visiblemente del Vicario de Cristo, Príncipe del Colegio Episcopal, sucesor del Apostólico.

Sí, la Iglesia, pueblo de Dios, «participa de la infalibilidad divina en el campo de la fe y las costumbres cuando todo el pueblo, sin lugar a dudas, sostiene algún punto doctrinal perteneciente a estos campos». Pero como aclara el Vaticano I y repite el Dicasterio, tomándolo de San Agustín, «cuando la totalidad de los fieles, desde los obispos hasta los últimos fieles seglares, prestan su consentimiento unánime en las cosas de fe y costumbre».

Este olfato dogmático del pueblo, emparejado con sus pastores, es el que rechaza instintivamente las «novedades» de los pseudo-intelectuales o «nuevos teólogos» que han aparecido siempre en el transcurso de los siglos y que ahora crecen y sobresalen como la cizaña o los cardos silvestres que punzan las conciencias populares. Estos «demócratas» que dicen evangelizar los suburbios, que se desligan de la Iglesia-Institución para emancipar a la Iglesia-Base; que despotrican contra el juridicismo canónico para libertar la conciencia individual, se jactan de *separarse del vulgo* que con su populachería ha *descristianizado* la religión, que debe ser «pneumática». ¡Cómo nos recuerdan el intelectualismo del siglo XVIII y mucho antes la arrogancia soberbia de Horacio: «Odi profanum vulgus et arceo.»

El fundamento, la expresión, el vínculo unitivo de esta infalibilidad eclesial es el MAGISTERIO de la Iglesia, de los obispos, «a quienes confió Jesucristo el ministerio de enseñar el Evangelio a todo el pueblo y a toda la familia humana». Este magisterio, dotado del carisma de la infalibilidad, «se realiza más claramente, ya sea cuando los obispos, con un acto colegial —como en el caso de los Concilios Ecuménicos— en comunión con su Cabeza visible definen una doctrina que hay obligación de mantener, y también cuando el Romano Pontífice habla «ex cathedra».

No hace mucho criticábamos al «Ya» el olvido —suponemos que involuntario—, al hablar de la infalibilidad episcopal, de la frase «en comunión con su Cabeza visible», tan necesaria en las actuales circunstancias. Es sumamente extraño que hayamos de recordar estas verdades en la «primavera estallante» y en la educación de una profunda fe, muy «distinta de la del «carbonero», que se nos ha prometido y asegurado en tantas permanencias, reuniones, planeamientos pastorales a toda escala, de que venimos disfrutando en el «posconciliarismo» y que eran la posesión y conocimiento de toda la gama de «carboneros» que estudiábamos los catecismos, menos «renovadores» que los holandeses, franceses y sus plagios, españoles hodiernos.

Prosigue el Dicasterio romano defendiendo la infalibilidad magisterial contra los que la *miniminizan o falsean*, enseñando que «de ningún modo está permitido a los fieles admitir en la Iglesia sólo una «fundamental» permanencia en la verdad, conciliable con errores diseminados por doquier en las sentencias definitivas del magisterio o en el consentimiento ajeno a toda duda del pueblo de Dios». Quedan transcritas unas frases de cierto clérigo exclaustrado que dalatan su error más elocuentemente que largos comentarios nuestros.

En el serpentino deslizamiento de los nuevos teólogos, parejo e imitación de los «modernistas» condenados por Pío X, aparecen distinciones, peores que las de la Escolástica en su decaimiento, sobre la verdad o contenido dogmático y sus «fórmulas expresivas». Estas deben variar con arreglo a «los condicionamientos históricos», porque «aquéllas —dicen los progresistas— no pueden manifestar la verdad de modo concreto, sino solamente a base de aproximaciones mudables que la deforman o alteran de algún modo».

«Los que abracen tal opinión —declara el documento— no escapan el relativismo teológico y falsean el concepto de la infalibilidad de la Iglesia.» En su confirmación reproduce textos del Vaticano I, del II, de Pablo VI y termina con estas palabras: «No hay duda de que, según estos textos, *el sentido* de los dogmas que declara la Iglesia es determinado e irreformable.»

Muchos textos tenemos en nuestro poder de los «nuevos teólogos» que *reforman, desnaturalizan* el sentido de muchos dogmas, respecto al pecado original, a la Encarnación y Divinidad de Cristo, a la perpetua virginidad de María, a la confesión sacramental, a la Sagrada Eucaristía, al sacerdocio ministerial, etc. Citaremos (repitiendo la denuncia) las frases escritas sobre la Eucaristía en una «Hoja Diocesana». Decía el clérigo: «La teoría fisicista tradicional de la Iglesia respecto a la presencia de Cristo ha impedido el desenvolvimiento de su estudio. La presencia de Cristo en la Eucaristía nada tiene que ver con la bioquímica.» Todos de consuno rehuyen el término de TRANSUSTANCIACION del Tridentino, repetido varias vece por Pablo VI. Cuando escribamos sobre el sacerdocio, citaremos también las frases ambiguas del misal de la Comunidad a este respecto.

Repetimos y repetiremos sin cansancio nuestro grito de ALERTA ante los errores vertidos en España por «una minoría», como confesaba el presidente de la Comisión Episcopal que ha sido elegido en sustitución del insigne prelado de Sigüenza-Guadalajara. Si no nos escuchan o no nos quieren oír, peor para los DURMIENTES. El peligro es enorme a juicio del Primado de España. Unanse, pues, los que así opinan y den la batalla dentro o fuera de la Asamblea a sus oponentes. Lo que no puede continuar es conservar en sus puestos a los incursos en la sentencia fulminada por la Congregación y por el monseñor que la presentó a los medios de comunicación.

Algunos irresponsables se han destapado sin escrúpulos de ninguna clase. Otros, menos audaces, pero más perniciosos, se expresan en «frases ambiguas», como dice el Dicasterio, cuando no erróneas. A unos y a otros hay que desplazar de sus centros influyentes. En el extranjero se les ha echado de sus cátedras, de presidencias y abadías. ¿Por qué España va a ser una excepción? No levantamos PIRAS para quemarlos, sino que se les desaloje de los *pináculos* a que han sido elevados. Catón terminaba siempre sus discursos con la frase DELENDA EST CARTHAGO. La nuestra es: FUERA LOS MARGINADOS DE LA FE.

SATANAS EN LA CIUDAD

Por Marcel de la Bigne de Villeneuve

(SATAN DANS LA CITÉ)

-TRADUCCION DE MARIA ZAMANILLO-

(EDITORIAL CATOLICA ESPAÑOLA, S. A. SEVILLA, 1952.)

Cuando las instituciones son buenas y sana la estructura, pueden aparecer defectos más o menos graves en la construcción y funcionamiento por el efecto, fatal siempre de la debilidad humana;, pero no se podría hablar propiamentet de satanismo mientras que la acción normal del espíritu del mal y nuestras deficiencias personales se estrellen con la resistencia de los principios establecidos por la razón y por la fe y consagrados oficialmente por la autoridad y la costumbre. No sucede lo mismo si las bases fundamentales de la empresa aparecen desde el principio y en su esencia gangrenadas por groseros errores, por mentiras evidentes, por el vicio o por el crimen; si su perversión intrínseca es tal que orientan necesariamente a los hombres en una dirección contraria a los fines que conocemos como propios de nuestra naturaleza o de la sociedad, por ejemplo, a la práctica del mal o del error, hacia las discusiones intestinas, la guerra civil o la extranjera. Por esta corrupción sistemática de los fines verdaderos y razonables del hombre, podría decirse que Satanás firma visiblemente su obra.

Y es, precisamente, el hecho que comprobamos cada vez con más frecuencia en el mundo contemporáneo. Y poco importan las declaraciones prodigadas en favor de la excelencia del fin perseguido o de las instituciones fundadas, aunque así lo afirmen personas honradas y seducidas, si es posible descubrir, sin duda, las taras a los espíritus rectos e imparciales. Esas aserciones hasta dan motivos serios de suspicacia, porque el demonio es experto en ilusiones hábiles, y son uno de los procedimientos más usuales de su actividad obsesionadora. Pero nosotros disponemos de facultades que nos permiten no dejarnos engañar, si sabemos y queremos ejercitarlas. Después de la Revelación, nuestro trabajo respecto a esto es mucho más fácil; nuestro criterio, más seguro y el juego de Satanás bien sencillo de descubrir. Si, a pesar de ello, permanecemos ciegos ante las maquinaciones diabólicas, o si, aún peor, nos prestamos a ellas con una complacencia imprudente y culpable, como sucede demasiado a menudo, entonces la obsesión corriente evoluciona, más o menos rápidamente, hacia las formas de ocupación, o hasta de posesión colectiva, que se manifiestan particularmente numerosas en nuestros tiempos.

Mientras escuchaba al señor Multi, me parecía ver el día amaneciendo poco a poco sobre un paisaje caótico y tormentoso, revelando las causas de su aparente desorden apocalíptico.

—Ya veo, ya veo, murmuraba yo. Con esas concepciones, la historia parece iluminarse desde muy atrás, sobre la de nuestro tiempo, que nos es más familiar, y responden admirablemente a la interrogación que formulaba Péguy, con ansiedad conmovedora, para una época en que el problema era menos angustioso que en la nuestra, y que con frecuencia ha atormentado mi espíritu: «Dios mío, Dios mío, exclamaba el escritor, ¿qué es lo que sucede? En todos los tiempos está uno perdido... Antes era la tierra la que se lo preparaba al infierno, hoy es el mismo infierno el que se desborda sobre la tierra. ¿Qué es, pues, Dios mío, qué es lo que ha variado?»

Lo que ha cambiado es que las instituciones, en lugar de ser concebidas, mejor o peor, como lo eran en los tiempos en que «la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados», para refrenar la externa malicia de los hombres, se conciben actualmente para excitarla y exaltarla; en vez de remediar, lo que ellas puedan, las faltas y pecados de las sociedades, los multiplican y agravan sus consecuencias. Y esto es porque Satanás ha encontrado su acceso a ellas; porque se ha insinuado e incorporado en su espíritu y hasta en su letra; porque ha metido el Mal en la raíz, bajo las formas más variadas, presentándolo como el Bien, haciendo creer que lo es; decorando el Desorden con los colores del Orden y la Falsedad con las apariencias de la Verdad, de manera que nosotros asistimos al espectáculo absurdo y desolador de un mundo que exhala clamores de dolor y angustia, mezclando sus quejas con juramentos de fidelidad, actos de amor y ardientes invocaciones a las mismas causas de sus males.

Pero estas induciones, por verosímiles y satisfactorias que sean, ganarán si se confrontan con la realidad. Tomemos, pues, algunos ejemplos de la historia de las naciones contemporáneas.

En primer lugar, pienso naturalmente en Alemania. La doctrina nacional-socialista debía, fatalmente, satanizar, si usted me permite el neologismo, a todo el pueblo, porque era diabólica en su inspiración y en su raíz. Diabólica, digo bien, porque su base esencial es el pecado de orgullo, que es manantial de todos los vicios y que tiene siempre de protagonista al Angel rebelde. El orgullo, del que él se sirve para halagar a sus adeptos, prometiéndoles llegar a ser los dueños del mundo.

Que el nazismo contenga elementos útiles, buenos, y hasta excelentes, es posible, es cierto, y es, además, conforme con la estrategia demoniaca; pero todos están pervertidos por el foco de corrupción íntima, por la absurda y criminal deificación de una pretendida raza, es decir, de cierto número de hombres engreídos con jactancia infernal, que pretenden que nadie sea semejante a ellos, y hacen esto por satanismo, pues violan el segundo mandamiento de la Ley, «que es semejante al primero», y se colocan así, deliberadamente, bajo la bandera del Gran rebelde. Para traducir la idea en lenguaje vulgar, que será comprendido con más facilidad, se ingenian, precisamente en su infatuación delirante, para hacer a los otros lo que no quisieran que les hicieran a ellos.

En una de las aportaciones más sugestivas a la colección de los «*Etudes Carmélitaines*», el monje benedictino don Aloys Mager, decano de la Facultad de Teología de Salzburgo, descubre muy claramente la presencia y la influencia diabólicas en el Nacional-Socialismo. «La doctrina alemana —dice— procede directamente, en sus fuerzas motrices, de la triple consecuencia del pecado original, y su ideal fue el de realizar positivamente los apetitos de las tres concupiscencias: la de los ojos, la de la carne y la del orgullo de la vida considerada como el valor más alto y más incomparable.» Es, también profundamente, mentirosa y mortífera, dos señales indudables de la acción de Satanás. Se hacía, pues, con deliberación, instrumento de los designios diabólicos, y se ve en lo más vivo de su obra la inteligencia demoníaca. Desde entonces queda juzgado el nazismo. Y que no vengan —repito— objetándonos con el hecho de que ha proporcionado, incontestablemente, algún bien superficial; que ha dado por resultado, para los alemanes, realizaciones sociales bien ideadas y bienhechoras, como la de favorecer, por ejemplo, la rehabilitación de hombres que en otro tiempo estaban considerados como el desecho de los parias de la sociedad. Estas mejoras no eran más que progresos efímeros, si no apariencias vanas, y tendrían que pagarse con una recaída más profunda y grave, como en las antiguas leyendas germánicas en las que el oro de Satanás se cambia en hojas secas. Pero por una especie de sortilegio muy revelador, en esta mezcla íntima del bien o del mal, en que el bien sale del mal o el mal es la condición del bien, las ilusiones seguidas de un principio de éxito caen, finalmente, en un total hundimiento. Resulta difícil el no distinguir la guerra diabólica en extraña mezcolanza.

Y esta infestación general, este delirio salido del orgullo, va acompañado de otros delirios individuales, que, según los casos, pueden representar el papel de efectos o el de causas. No es imposible, en absoluto, que Adolfo Hitler haya sido un poseso, en el sentido propio de la palabra. Sus furores convulsivos, su potencia imprecatoria, su ascendiente inexplicable y el magnetismo que emanaba de él, su recurso a las ciencias ocultas y su desprecio completo por los hombres y por las virtudes humanas, autorizan a pensarlo. Hay un pasaje de Goethe que se adapta tan curiosamente a su caso, que se creería escrito para él. El gran poeta al que la cualidad de ser alemán hacía, sin duda, más clarividente en lo que concierne a la psicología germánica, había visto bien que la naturaleza humana contiene siempre un elemento primitivo y diabólico que se puede creer particularmente desarrollado en los pueblos del otro lado del Rhin, y escribía así: «Este carácter demoniaco toma su aspecto más aterrador cuando domina en un hombre a todos los demás. No son siempre hombres superiores por su inteligencia o sus talentos, y pocas veces resultan recomendables por la bondad de su corazón; pero emana de ellos una fuerza poco común, y ejercen un poder increíble sobre los demás seres y hasta sobre los elementos, y, ¿quién puede decir hasta dónde se extenderá tal influencia?»

DE RE HERMENEUTICA CONTESTATARIA

DIOS APROPIADO POR LA BURGUESIA

Llegada la tarde, vino un hombre rico de Arimatea, de nombre José, discípulo de Jesús. Se presentó ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que le fuera entregado. El, tomando el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en su propio sepulcro, del todo nuevo, que había excavado en la piedra, y corriendo una gran piedra a la puerta del sepulcro se fue (Mat. 27, 57 y sgs.)

Intolerable.

Ejemplo de las más intolerable religión de la burguesía.

José no ha leído al padre Díez Alegría y, naturalmente, se busca una buena religión ontológica-culturalista, con la que honre a Dios directamente, sin tener que comprometerse en el servicio del prójimo.

Ahí lo tenemos, descolgando el cadáver. ¿Y de actitudes socializantes qué?

Ejemplo rastrero de adulador de poderes constituidos. Le pide el cuerpo a Pilatos. No le importa que éste sea reo de la violencia estructural de la justicia humana. El rebaja su cristianismo con tal de conseguir un privilegio. Además, sabe muy bien que no conviene sacudir los estamentos sociales. Hay que respetar el «status quo» y a Pilatos.

Después envuelve al Señor en una sábana y le entierra en un sepulcro excavado en la piedra y nuevo. Desde ese momento, José es el progenitor de los manteles bordados, los altares de mármol, las torres góticas y los mosaicos bizantinos. José, el terrateniente de Arimatea, ha iniciado la iglesia burguesa. El constantinismo debe llamarse arimateísmo.

Y para colmo, entierra el cadáver en un sepulcro suyo Y lo cierra con un gran pedrusco para que no pueda abrirlo nadie. Cristo ya es de él y para él. Ahí nacen las capillas de los palacios. La teología burguesa de quienes se fabrican un dios, para manejarlo a su gusto en defensa y tutela de sus intereses.

Y después se va. Tan tranquilo. Y siguen las estructuras de injusticia.

Y en vez de incendiar chabolas, ha construido un sepulcro para Cristo.

Y en vez del ágape, el culto.

Y en vez de la revolución, la metafísica.

Y las pobres mujeres sentadas en frente del sepulcro, llorando, como si en el mundo no hubiera otra cosa que la gloria de Dios.

Intolerable.

L. V.